

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 67 AÑO 2008

TEMA 4: BAYREUTH. FAMILIA WAGNER. PROTECTORES.

TÍTULO: **RECUERDOS SOBRE SIEGFRIED WAGNER. DETMOLD 1942.**

(parte primera)

AUTOR: *Franz Stassen*

El Profesor Franz Stassen ha puesto amablemente a disposición de la Confederación de Bayreuth sus "Recuerdos sobre Siegfried Wagner". La viva imagen de Siegfried Wagner que Stassen ofrece en sus valiosos apuntes, son un auténtico documento de la cordial amistad y comunión artística de dos grandes maestros alemanes. La Confederación de Bayreuth ofrece los recuerdos de Stassen en el segundo tomo de su serie de escritos.

PREFACIO

Estas hojas sobre recuerdos de Siegfried Wagner han sido recopiladas por deseo de su hijo mayor Wieland Gottfried y de su hermana, la Señora Chamberlain. Largos años, repletos de variados acontecimientos hacen que aparezca Siegfried, desde distintos puntos de vista, con sus declaraciones, escritos sobre arte, política alemana e identidades nacionales, sobre simples detalles humanos, serios y humorísticos, esto es lo que este pequeño libro ha ofrecido a la sociedad de Bayreuth.

Este libro de "Recuerdos sobre Siegfried Wagner" puede contribuir a completar, con sus numerosas aportaciones, la gran biografía de Glasenapp sobre Richard Wagner. Así, en estos escritos sobre Siegfried y su arte han sido utilizadas en lo que cabe, las cartas de su madre, aparecidas en el libro sobre Cosima Wagner de Moulin-Eckart. Esta podría ser la piedra angular de la detallada biografía que nosotros, en Bayreuth, estamos esperando, escrita por una mano experta. Ahora, aquí no es un escritor, sino un pintor quién intenta ofreceros el querido semblante del que nos fue arrebatado tan prematuramente.

LA PERSONALIDAD

“Mi única preocupación es que es demasiado noble y demasiado bueno.” Esto escribió la Sra. Cosima Wagner a una amiga, cuando el hijo estaba apunto de emprender el viaje marítimo hacia la India y el Japón. Innata bondad de corazón, nobleza de alma y de espíritu, eran los dones que los dioses habían puesto en la cuna de Siegfried Wagner. Esta bondad y nobleza las extendió sobre una vida artística llena de amor, dedicada sobre todo a la gran herencia de Bayreuth y a una inagotable creación, las ejerció ante el mundo, ante el equipo de artistas que él dirigía, y más que nada ante su condición de hijo, esposo, padre, hermano y leal amigo.

Fue a principios de los años 19 cuando mi madre me dijo en una carta: “Recuerda que he conocido a Siegfried Wagner.” Ya completamente conquistado por la obra del Maestro, esta fue una noticia que hizo nacer en mi una esperanza, “tu podrás conocerlo alguna vez.” Fue en casa de unos amigos en Frankfurt am Main, donde mi madre conoció al hijo del Maestro, era la casa del amigo de juventud de Siegfried, Clement Harris, el mismo que le aconsejó el viaje al Asia Oriental y fue el mismo Harris quien más tarde me habló del modo de ser y de la calidad de Siegfried. En su casa vi la primera fotografía de la Sra. Cosima Wagner y supe como se vivía en Wahnfried, lo que sucedía en Bayreuth y de su amistad con Siegfried, pero todavía nada de su relación con la obra de su excelso padre, todavía nada sobre sus propias creaciones que tanto valor tendrían para sus amigos por ser un auténtico arte alemán. Él, con su natural delicadeza, mantenía oculto el germen de sus obras, y fue justamente en este viaje por mar, como más adelante se supo, cuando apareció su talla poética.

En estos meses de viaje Siegfried escribió un diario y pintó una rica colección de delicadas acuarelas; siempre inmerso en los pensamientos sobre la obra del padre escribió en pleno viaje: “También aquí se siente el anhelo bienhechor, la visión vivificadora que Lohengrin aporta con su magia. Estas divinas puestas de sol, estas luminosas nubes, el fulgor del mar, su misterioso susurro, resuenan aquí como una réplica de la obra.”

Así resonaban estas cosas en su alma ... profundas, amplias, maravillosas, como más tarde sucedió con la magistral instrumentación de sus propias obras.

Un único caso en la historia del arte es esta profunda relación de Siegfried Wagner con la grandiosa personalidad de Richard Wagner. Deslumbrada y embriagada por el esplendor de esta obra, la joven generación busca imágenes poéticas y musicales en las huellas que tras si deja tal creación; sólo hay uno que no las busca, él navega en su propio barco y responde a la palabra del Maestro cuando dice que la obra de arte del futuro debe encontrar siempre algo nuevo, y él fue el único que lo hizo, el retoño de dos genios, nuestro joven maestro Siegfried.

En 1899 apareció en el escenario del Hoftheater de Munich su obra primeriza: "Der Bärenhäuter", con un indiscutible éxito. Fue aceptada sin la menor duda por su frescura y su personalidad, y entró en el camino del éxito. Yo la vi diez años más tarde, entre tanto el acceso a la obra de Siegfried me fue impedido por comentarios desfavorables que por desgracia eran creídos. Pero mi primera impresión, en el ensayo general de un concierto de la Asociación Wagneriana de Berlín, fue de triunfo. Dirigía Klindworth, Rosa Sucher cantaba y en un palco estaban sentados Cosima Wagner y su hijo. Alegre y radiante, junto a la fascinante figura de la madre. Al interpretarse la Marcha Imperial se levantó y cantó el himno, lo que nos provocó entusiasmo. Pero solo me fue posible verlo de lejos, y fue solo después de años, cuando en la inauguración del Museo del Emperador Friedrich en Berlín, apareció súbitamente por la puerta de la pequeña sala de los Países Bajos, en él resaltaban los ojos ... la mirada de Wagner que no es posible olvidar, la mirada en la que aparece la bondad y la nobleza.

Cada vez se sabía más de él, de su magistral puesta en escena del "Holandés Errante" en Bayreuth, del éxito de sus conciertos y finalmente, gracias al Sr. Thode, de la riqueza melódica de sus obras operísticas.

Fue en el año 1908 cuando Hamburgo dio su "Sternengeböt" y la prensa ofreció interesantes reseñas sobre esta gran obra basada en una elevada renuncia. Después Siegfried dio un espléndido concierto con la Filarmónica de Berlín. El conmovedor momento en que Verena cantó la canción del pájaro

ciego de “Kobold” destruyó cualquier disparatado perjuicio. Inacabables aplausos premiaron al joven maestro, y hasta tuvo que salir de nuevo al podio para saludar, con el abrigo y el sombrero puestos.

Y a la mañana siguiente el primer encuentro en el Hotel, y después el verano de los Festivales.

En la mesa del desayuno se habló de “Parsifal”. Siegfried dijo que había pedido a Ludwig von Hofmann que hiciese un nuevo decorado para el Jardín Encantado de Klingsor, pero finalmente no llegaron a un acuerdo, entonces él mismo hizo el esbozo del segundo acto, fue una inolvidable sinfonía pictórica en azul y amarillo, una paulatina transformación de extraña, misteriosa y mágica belleza. En el mar había bromeado en el piano con una Fantasía de Klinger sobre Brahms, esto fue totalmente ignorado. Supimos casos mucho más significativos gracias a C. Fr. Glasenapp, en torno del cual pronto se reunió un círculo de amigos. Fue el centro de las relaciones de Siegfried Wagner, y atraídos por la magia de sus obras nos acercamos a nuestro Gurnemann; sí, él contaba infinidad de hechos sobre Siegfried, lo conocía desde la niñez, y era capaz de convertirlo todo en un emocionante y bello relato. “Glasenäppchen”, decía Siegfried, “el alma negra ya vuelve a empezar.” cuando de su boca brotaba lo que tenía en el corazón. “Sternengebot” era la consigna, se nos ofrecían el estremecedor Preludio y el gran canto de Helferich, pero Siegfried no debía saber nada de todo esto. “Que tienen que ver mis óperas con Bayreuth.” decía convencido. En el año del “Bärenhäuter” , durante una excursión, Glasenapp explicó de que manera Siegfried había hablado de sus obras; esto ocurría muy raras veces, pero intentó dar a conocer las hojas donde relataba las futuras obras: “Primero viene un juguete cómico, (“Herzog Widlfang”), después algo muy triste, (“Der Kobold”), a continuación algo popular y alegre, (“Bruder Lustig”) sigue un tema romántico, (“Sternengebot”) y una saga heroica, (“Banadietrich”).” Así, todo estaba ya en su mente. Diez años más tarde, en su estudio, mostró a sus amigos una hoja: “Aquí están mis óperas hasta el Opus 20, pero no debéis leer los títulos.” Que seguros estábamos entonces que el querido maestro las terminaría algún día, pero solo pudo hacerlo hasta la Op. 16.

Lo primero que te salía al encuentro en Siegfried era su elegante sencillez y su bondadosa humanidad que brillaba suavemente en sus grandes ojos. Pero también podía resultar inaccesible, rechazando con la mirada una falta de tacto, una impertinencia o unos modos antipáticos. Con impasible calma rechazaba al interesado. Un famoso actor, en Berlín, le dio toda una disertación sobre la manera que los personajes de la obra debían estar, no actuar. Él contestó: "Pues en Bayreuth los haré actuar." "Entonces tendrá que hacer un milagro." fue la impertinente respuesta. "Es que yo hago milagros." repuso Siegfried grandioso, tranquilo, con la mirada Wagner.

En las reuniones del Café Josty, allí se reunían los amigos con él a la hora del te, ("Trae contigo el humor, esta es una condición sine qua non." decía en una postal.) muchas veces se llegaba a discusiones. Él, en principio, era un gran ingenuo cuando hablaba de las obras de arte, era la despreocupación en persona, parecida a la del héroe del que llevaba el nombre cuando se enfrentaba al dios. Así podía hablar del egoísmo de Isolda, de la situación patológica en Tristan, de la vieja casamentera Branguena, pero realizó el fantástico "Tristan" de Bayreuth casi sumido en llanto, profundamente conmovido por la tragedia del tercer acto; y en 1906, en la penúltima representación de la obra, declaró: "Tristan te corroe." En 1924 dijo: "He sobrevivido al estudio de la obra con dos bellos personajes, Gunnar Graarud y Emmy Krüger."

Hablaba a menudo de su abuelo, Liszt, insistiendo siempre en lo grandioso y dionisiaco, pero, refiriéndose a la Sinfonía Faust, encontraba baches en la composición que Mottl sabía superar muy bien. Cuando la conversación recaía en Dante, decía severo: "¿De donde ha sacado todo esto?" dirigiendo una mirada horrorizada al Infierno.; igual que Goethe no se sentía atraído por el grandioso poema.

Era realmente imparcial ante el tan venerado en Bayreuth, Hans Thoma. Admiraba sus paisajes pero entre burlas y veras rechazaba sus esbozos; y hasta el magnífico "Gefilde der Seligen" de Böcklin le era extraño, a pesar de ser uno de los grandes admiradores de este creador de Mitos. También prefería los paisajes de Feuerbach de la Galería Nacional, que otras famosas composiciones figurativas, y no participaba en el culto a Marée. Sobre esto, un

tal Dr. Fiedler, podía mantener ingeniosas disertaciones durante horas, cosa que ante estos grandes conceptos es casi imposible. En cambio le atraía con fuerza Menzel, su mirada objetiva sobre el multiforme mundo y su afilado espíritu prusiano le caían bien. También Goya era uno de sus pintores preferidos.

Desde su primera juventud sintió siempre una fuerte atracción por las artes plásticas. En Italia, el niño, se maravillaba ante la espléndida arquitectura y empezó a dibujar iglesias y palacios, y hacer algunos esbozos con ideas propias. En delicados dibujos al lápiz, con su especial sentido de la perspectiva, aparecieron interiores de iglesias, fachadas, palacios y finalmente una bella composición, un grupo de iglesias y torres de la primera Edad Media, situadas sobre una colina. Wolzogen lo calificó de una acrópolis cristiana. En casa de Joukowsky colgaba el encantador interior de una iglesia con altos arcos, ricamente estructurado, que primero creímos era un Semper. Siegfried lo había dibujado a los trece años.

También había unas acuarelas que trajo de Asia con un encanto soñador, completamente acordes a la delicadeza de su música. El humor que se le había concedido se manifestaba en unas caricaturas con coloridas y cómicas figuras, la mayoría de veces acompañadas de graciosos comentarios.

Desde su infancia pasó por el mundo observándolo todo. El libro de la vida fue leído por él a través de los viajes – que su excelso padre le permitió muy pronto - . Creyó que, igual que en el joven Schopenhauer, esta era la mejor manera de educar, y así, de forma natural, desarrollo en el alma de Siegfried, su universalidad.

Sobre todo Roma le hechizaba: “Un maravilloso nido”, decía. A finales de los años noventa pasó allí una larga temporada. Se encontraba a gusto en el círculo de artistas alemanes que residían allí. Trató sobre todo a Ludwig von Hofmann y al famoso Greiner que le hizo dos admirables litografías con su retrato. Malvida von Meysenburg, que tuvo para Siegfried un auténtico amor de madre, estuvo allí muy cercana a él. Cuando Siegfried hablaba de ella aparecía una imagen llena de vida, para él ella era un absoluto modelo. Tenía un fabuloso talento mímico que le permitía transformarse en otra persona. Su madre dijo un día divertida: “Malvida sigue viviendo entre nosotros gracias a la

actuación de Siegfried.” Él visitaba a la amiga casi cada día y ella seguía sus imitaciones con entusiasta interés.

Su gran amor eran las Basílicas, sobre todo la de Santa María en Cosmelin, en cambio no le decía gran cosa el grandioso San Pedro, a pesar de la admiración que sentía por el genio de Miguel Ángel.

En él, como también se había dado en el Maestro, se encontraba el protestante que se irritaba ante la triunfante Iglesia militante. En cambio en su madurez tuvo cada vez más simpatía por el barroco, aunque debía ser el cálido barroco alemán, y le divertía la candorosa y espontánea comicidad del Gran Giusto. Cuan a menudo, durante un tour, mandaba una postal al encontrarse con un “divertido” santo en una fachada o en una iglesia, y siempre con la pertinente palabra ingeniosa. “Para morir de risa.”, aparece en una florida postal de San Juan Nepomuceno. Nunca ponía su nombre, se sabía de sobra quien escribía algo así.

Pero lo que le gustaba más de Roma era el Museo de las Termas. Para él, las colecciones Vaticanas estaban colocadas sin orden ni concierto, cosa que era la especialidad de todas las colecciones de arte romanas. Lo antiguo era bonito y valioso; existía todavía la alegría renacentista ante lo antiguo que hacía valorar todo lo viejo. En el Museo de las Termas estaban expuestas con fina sabiduría y mejor gusto varias obras maestras del arte griego. Especialmente el maravilloso Joven de Subiaco merecía una absoluta admiración, así como la magnífica figura de Anzio.

El amado Nápoles, que desde los días de la Villa d’Angri, Siegfried llevaba en el corazón. El ambiente popular de la bella ciudad era para él un placer artístico. ¿Cuáles debían ser allí sus conversaciones con los naturales del lugar? Tenía un arte especial para ganarse la gente. En “Sonnenflammen” ofreció una visión artística de la vida del Sur en la exuberante belleza de Gomella, con su fresco humor, la conmovedora y popular Eustachia, el Vinatero, el Mendigo, todo impregnado del colorido napolitano.

Lo que le causó mayor impresión artística fueron los Templos de Paestum El helenismo fue lo que su alma captó ya desde la infancia cuando el Maestro hizo que el hijo estudiase griego, una más de las genialidades wagnerianas de su educación, cosa que produjo valiosos frutos.

Todavía en los últimos años de su vida Italia le brindó su cultura artística, en Parma el gran Corregio y en Milan la nueva exhibición de los frescos de Bramante, que le causaron admiración y alegría.

Así, en cada uno de sus viajes buscaba y disfrutaba del gran arte antiguo. El Eremitage de San Petersburgo le causo una indeleble impresión. Cuando sus caminos lo llevaban a Dresde, Kassel o Frankfurt, siempre mencionaba las impresiones artísticas que allí recibía. Tanto lo visual como lo auditivo tenían en el genio de Siegfried una maravillosa armonía, una total unión, y esto hacía que la vida junto a él fuese infinitamente grata. La antigua escultura alemana en madera - Tilmann Riemenschneider, ante todo – era su amor y lo emocionante de esto era su personal manera de verlo. Se debe pensar en la escena de los hermanos en su “Schwarzschanenreich”, en la Señora Kathrin en “Friedensengel”, y ante todo en la Madre, el Maestro Muthard y el Portero en “Schmied von Marienburg” que brotan del espíritu gótico-alemán, siempre con el auténtico sentimiento protestante, contra el desamor y la violencia. Pero el joven Maestro tenía también un profundo sentimiento para la poesía del catolicismo medieval. De la imagen de la Madre de Dios, de San Francisco, el auténtico monje, de la época heroica de las Cruzadas, todo esto encontró en su arte una estremecedora expresión. Pero cuando su mirada volvía a caer en los griegos ensalzaba al pueblo genial que no conoció el clericalismo.

Con las piezas de arte moderno pasaba de largo rápidamente. ¿Qué podía sacar su armónica naturaleza artística de estas alocadas majaderías, de estos experimentos excéntricos? Con que indignación rechazó en la Galería Nacional de Berlín la cámara de los horrores instalada en el antiguo Palacio del Príncipe Heredero, para él esto era temible y absurdo. Claro que siempre debía aceptarse un cierto normal desarrollo, pero los pintores “Nazarenos” le eran poco simpáticos, sobre todo Overbeck le era desagradable. A esto lo llamaba Arte de segunda mano.

La más arriba mencionada indolencia al emitir un juicio, hacía que no se manifestase claramente ante grandes obras como el “Faust Segunda Parte”. Ante nuestro espanto encontraba Helena fría como el mármol; pero en una representación de “La Novia de Messina” en Berlín, se emocionó hasta las lágrimas. En una bella representación de “Tasso”, en el Teatro Alemán, al final,

qué emocionadas fueron sus palabras, afectado por el oscuro y doloroso destino del poeta. Rechazó rotundamente el “Damaskus” de Strindberg. “Sé exactamente porque no puedo soportarlo.”, declaró en su momento sobre Hebbel, cuando vio en su diario lo mal que hablaba sobre Schiller, y también dijo que de este poeta teatral nórdico solo le había gustado la escena con el monje dominicano. En cambio Schiller era el gran amor de Siegfried, sus ojos brillaban cuando hablaba de él, pero cuando se representó “Kobold” en Kassel y tuvimos ocasión de ver una mediana representación de “Los Bandidos” hizo un comentario sobre la superior impresión que le había causado la obra musical sobre la hablada. “Sí, pero nuestros clásicos...” decía teniéndolos siempre en cuenta. Admiraba el magnífico bosquejo de Schiller sobre “Los Malteses” y lamentaba que hubiese quedado incompleto, así como el inacabado “Demetrius” que encontraba inigualablemente auténtico.

Siegfried Wagner era más que nada teatro. Él ha sido, en una época experimental en todos los ramos del arte, el poeta escénico más autorizado. En sus óperas, cuyos textos no son fáciles de leer, una vez puestas en escena aparece su dramatismo con absoluta claridad, para quien los sigue atentamente y hasta sus críticos más tenaces debieron reconocer que era el auténtico poeta de la escena. Este instrumento lo manejaba con maestría. Así su juicio sobre la representación y los intérpretes daba siempre en el blanco. Ante una representación de “Enrique IV”, el Falstaff de Diegelmann, le gustó por “su naturaleza alemana”, e indignado rechazó “el momento” en que en la escena de la taberna la mesonera se pasaba el pañuelo por el rostro, y también en una artificiosa representación de “Hamlet”, encontró el perenne decorado grisáceo, “igual a un pegamento de mercurio”.

Lo pasaba bien con las obras de Verdi. Admiraba la autenticidad de sus melodías, pero no participaba en el actual intento de colocar al Maestro por encima de las estrellas. “Escucha, escucha”, al llegar a un primario acompañamiento orquestal, dando unos codazos, decía: “No saben lo que es polifonía, siempre son homófonos.” Ante el primer acto de “Luisa Miller”, con sus grandes coros femeninos, reía a gusto, y sobre el tan admirado “Trovador”, que en los años noventa se encontraba en la cúspide de su éxito, opinaba: “Una bella ópera cómica, que pone serio al público.”

Pocas veces seguía hasta el final las representaciones de las obras de su padre cuando aparecían en ellas fallos de estilo, lo máximo que hacía era escuchar dos actos. En casos realmente absurdos, como por ejemplo el último “Lohengrin” en Darmstadt, una producción supermoderna sin el menor sentido, se marchó protestando, se puso tan furioso que llegó a Berlín ronco. Solo otra vez lo vi tan disgustado, fue en Dornach cuando vio “Lohengrin” en el templo de los “Antroposofos”. “Es como una mayonesa hecha con huevos malos”, dijo. Pero una buena producción, hecha con medios sencillos, contaba con su aprobación. Cuan a menudo vimos esto en sus óperas representadas correctamente en pequeñas ciudades, ante las cuales Siegfried se mostraba satisfecho. Lo vimos en 1911 en una bonita producción de su “Herzog Wildfang” en Halle, y en una bella obra fantástica, “Hütchen”, en Erfurt en 1924 y en Nuremberg en 1929. Después lo comentaba alegremente con sus amigos. Y en ocasión del “Sonnenflammen”, 1921, en Dresde, ante la producción escénica, esperó contento poder llegar a una revisión para sus obras, en vistas al Teatro Alemán.

Así, en el gran grupo de los hijos de su espíritu, prefería la correcta adaptación en sus obras fantásticas, esto lo hacían feliz. Cuando finalmente volvió a aparecer “Bärenhäuter” en Hamburgo, se puso tan contento que a nuestra llegada nos recibió riendo.

Se hablaba muy a menudo de la modestia de Siegfried; completamente impropia en un genio, ya que él sabía que lo era, sabía lo que creaba y lo que representaba. Hablaba muy raramente sobre si mismo y sobre su obra, y a su sensibilidad le resultaba casi penoso que se hablase sobre él. Sus amigos recordaban siempre un encantador episodio de su niñez cuando con aire compungido pasó ante los padres y el abuelo vestido con un bonito traje de terciopelo, “¿Qué le pasa?” dijo Liszt y la señora Wagner contestó: “Le molesta llevar un traje tan elegante, quiere ser como los chicos de la calle.”

Así, su notoriedad le resultaba a menudo incomoda, ahora bien, una vez que gracias a él logramos entrar en la Galería Nacional que estaba cerrada al público, dijo: “De vez en cuando esto resulta agradable.” Pero en cambio opinaba que: “Todo el mundo conoce mi nariz, por lo tanto no puedo permitirme según que cosas.”

Es inolvidable el momento en que saliendo, en Berlín, del ensayo de su obra preferida, el “Kobold”, habló muy serio sobre la oscura figura del Conde: “Sí, así sucede también en la vida, existe una especie de maldición sobre ciertas personas, castigándolas por culpas ignoradas, creando sobre ellas una opresión.” En estos momentos sus grandes ojos irradiaban una expresión de trágica compasión que brotada directamente del corazón. Todas sus figuras poéticas habían salido de su profunda visión del mundo. Cuan a menudo nos habíamos encontrado ante personas afines a sus personajes, él mismo hablaba de los originales que había encontrado en su camino.” Este lo pondré alguna vez en una ópera.”

En la anteriormente mencionada representación de “Kobold”, que Gura dio en un ciclo veraniego con obras de Wagner, Siegfried celebró en el Keiserhof una fiesta en honor del Maestro. Tras el banquete pronunció un discurso inolvidable. Empezó diciendo que debía su éxito al noventa por ciento de los invitados, “por descontado el otro diez por ciento me lo debo a mi mismo”; y después con profunda seriedad dijo que lo mejor de él se lo debía a tres grandes personalidades: a su padre, a su madre y a Jacob Grimm. A este último, con un humor de oro puro le erigió un monumento en su amado, “Hütchen”: allí, en la gran riña de la boda, se peleaba con Jacob Grimm, cuando este lo acusaba de haberle robado sus cuentos, hasta que al fin la buena Hada los reconciliaba. Se impresionó profundamente cuando aparecieron los nuevos Cuentos de Grimm y encontró preciosa y divertida la historia del grasiento y gordo Bollo.

Un día les dijo al Congreso de las Almas, así llamaba a los amigos de sus creaciones, “¡Vamos a hacer algo fino!” Así apareció la exquisita Balada Fantástica. Más tarde la señora Schumman-Heinck la cantó en Wahnfried; él comentó: “¡Solo le faltó la enagua roja!” Sobre la gran colección de obras de los Hermanos Grimm, dijo que este libro de cuentos era uno de los libros más bellos de la literatura mundial. Así su canto del cisne fue también un poema fantástico. “La Pequeña Maldición que Cada uno Recibe”, fue la obra que puso sobre el plato de cada invitado en la celebración de su sesenta cumpleaños. Lo que aparece de oscura culpabilidad en el Conde en “Kobold” aquí se expresa en una liberadora alegría. Ante el Rey que murió riendo, canta Maleen, su hija:

“¡Así me gustaría morir, con una alegre carcajada, y después paz, paz, eterna paz!”.

VIDA Y OBRA

Siegfried Wagner tuvo una feliz infancia poco habitual. Nacido en Triebtschen, pronto llegó junto a sus padres a Bayreuth, en la bella Franconia, que es la que fue su verdadera patria. Sintió un gran cariño por ella, y fue en este el suelo materno donde al poeta le nacieron sus personajes.

“¡Dichoso aquel que tuvo una juventud feliz! Ninguna frialdad, ninguna de las tormentas de la vida podrá disipar la calidez que los rayos del sol una infancia alegre han introducido en el alma humana.” Así empieza el libro de sus memorias. Recibido con jubilosa emoción por su excelso padre, protegido y amado por su ilustre madre, creció en los jardines del lago de los Cuatro Cantones. En Daniela, su hermana mayor, tuvo una segunda madre, sus cuatro hermanas sentían gran afecto por el niño. Al entrar en Wahnfried se percibía de inmediato este bello contacto fraternal. Pasaron sus primeros años entre alegres juegos en el jardín de Wahnfried, sin problemas escolares ya que hasta los seis años no empezaron sus primeros estudios. El amor a las personas y a los animales eran innatos en él. El hijo del creador de “Parsifal” estaba inmerso en la compasión. En Verona, el niño arrebató el látigo a un cochero que pegaba a su caballo. El Maestro un día tuvo una furiosa polémica con un amigo de alta categoría; cuando Siegfried desde su camita escucho la discusión, salió a escondidas a la galería del salón y le tiró al Conde su sucio babero. Glasenapp explicaba complacido qué encantador e independiente era el niño, y Malvida von Meysenburg, en sus memorias sobre Wahnfried lo retrata con íntima calidez de corazón. Así el niño asistió a la colocación de la primera piedra del Teatro del Festival, y en 1876 a los primeros Festivales con “El Anillo del Nibelungo”. Asistió al ensayo general de “Siegfried”, sentado junto a la madre y las hermanas. Cuando el héroe despierta a Brunilda con un largo beso, preguntó rápido: “¿Qué hace?”. “¡La pellizca!” fue la respuesta de la señora Cosima. El poema le causó una gran impresión. Cuán a menudo en su niñez, en las celebraciones del cumpleaños del Maestro, donde siempre se

daban unas representaciones de homenaje, aparecía disfrazado de pequeño Siegfried. En su Teatro de Títeres, que Judith Gauthier le había regalado con los personajes vestidos por ella misma, el niño representó “El Anillo” para sus hermanas. Al terminar los Festivales visitó por primera vez Italia, Verona, Venecia, Bolonia, Roma y Nápoles, y allí empezó a sentir las impresiones arquitectónicas que le encantaron. “Como loco corrí de iglesia en iglesia, de palacio en palacio.” Y aparecieron los primeros dibujos al lápiz, “de manera que mis padres, sonriendo escépticos, pero con alegría, comprobaron este sorprendente talento.”

En Roma los niños visitaron a la Princesa Wittgenstein, que a Siegfried le causó cierto temor. Alguna vez recordó la habitación poco ventilada, invadida por un anestesiante olor a flores, y como él y las hermanas tuvieron que arrodillarse para recibir su bendición católica. El cariño de Malvida en Sorrento y Nápoles fue otra cosa, allí encontró también a Nietzsche que igualmente le fue extraño e inquietante; siempre sombrío y severo, cuanto más alegre se mostraba el Maestro, más malicioso aparecía Nietzsche. Richard Wagner decía sobre su relación: “Él no era adecuado a las dulces maneras del hijo.” Pero cuando vino Hans Richter, nos encariñamos con él y él se encontró bien con nosotros.” Sobre Malvida escribe: “Su genial alegría era un lazo que unió para siempre una amistad de años.”

Los hermanos saludaron gozosos la bella Villa d’Angri en Posilipo, situada sobre unas terrazas ajardinadas. Entonces el niño afirmó su cordial lazo con Nápoles, con su rica y soberbia naturaleza, con la desbordante alegría de su gente, con el maravilloso golfo y el entonces todavía activo Vesubio con su inquietante y bella humareda. La alegría reinaba en casa de Wagner, que en aquellos momentos trabajaba en “Parsifal”. A este selecto círculo se le unió pronto el pintor ruso Joukowski que gracias a su exquisito arte y su nobleza de espíritu conquistó pronto todos los corazones. A menudo lo acompañaba su criada, Pepina, que con la mandolina cantaba antiguas canciones de amor napolitanas; esto provocaba una general alegría. Según unas bellas palabras de Siegfried, allí se escuchaba todavía el eco del último aliento del helenismo. Lo que quedó impreso en su alma infantil, apareció más tarde en el emotivo y melancólico canto de los Vinateros en su “Sonnenflammen”. Siegfried, vio

entonces también a Böcklin que visitó a Wagner en la Villa. Después de Nápoles la familia del Maestro pasó unas semanas felices en Siena junto al abuelo Liszt.

Siegfried, lo mismo que la Señora Cosima Wagner lo hacía de su padre, hablaba siempre con profunda emoción sobre los rasgos de nobleza y bondad de su ilustre abuelo. En su relato era capaz de ponerlo visualmente ante los ojos de su oyente gracias al movimiento descriptivo de su dedo índice y a su manera de hablar, llegando a crear la sensación de que lo conocías personalmente. Con que amor dirigía más tarde las obras del abuelo. Sus obras preferidas eran, por su grandeza humana, la Sinfonía Faust, Mazeppa, Los Preludios y Orpheus, y ante ellas, Siegfried, permanecía en un profundo respeto. Cuando sus amigos católicos se dirigieron a la Misa del Funeral , lo creyó innecesario. “Hace tiempo que mi abuelo está en el cielo, no ha necesitado pasar por el purgatorio.” Cuando dirigía los “Mephistowalzer” se apoderaba de él lo dionisiaco, lo exaltaba aquella grandiosa personalidad. Él se emocionaba de la misma manera que lo hizo su padre al decirle a Liszt, cuando interpretó en Siena los tres Sonetos de Petrarca, : “Estoy contento de verte regresar de nuevo a la tierra.”

Saludó con gran alegría el camino victorioso que emprendieron las obras de Liszt en las últimas décadas, y cuando en Berlín dirigió una fantástica audición de la Sinfonía Faust, Klindworth escribió a Cosima: “La ha dirigido de la misma manera que yo ya conocía del Maestro.” Hablaba con gran alegría del reconocimiento que la obra de Liszt encontraba en los concertistas. En las semanas que su abuelo pasaba en Wahnfried este lazo amoroso se reafirmaba. Liszt quería mucho al nieto: “Dibuja arcos, fachadas y torres, es una de las más encantadoras y vivas naturalezas infantiles que nunca haya conocido.”, escribe desde Siena a la princesa. Siegfried explica los paseos vespertinos: “Pero no se llegaba lejos, ni tan siquiera al “Rollwenzel”, ya en el terraplén el abuelo estaba cansado y quería regresar a su piano.”

Después de los tranquilos años en los cuales Wagner creó su “Parsifal” y Siegfried junto a sus hermanas tenían clases en casa, vino el viaje a Italia, hacia Palermo. Su talento como dibujante había mejorado y la magnífica ciudad, con su fantástica catedral, sus imponentes iglesias barrocas le dio

numerosos temas para su lápiz. Rodeado siempre por un círculo de curiosos, Siegfried, despreocupado, se sentaba con su bloc de dibujo. Esto fue demasiado para el Maestro, temía el excesivo predominio de sus dotes pictóricas, pero su talento literario apareció con fuerza en Venecia, cuando allí empezó una comedia: “Die Lügner”. Cuando Wagner vio a Siegfried escribiendo, dijo sonriendo a las hermanas: “Silencio niñas, no molestéis a Fidi, podría caerse de Pegaso.” Allí intentó unas comedias caballerescas y una “Catilina”.

Visitó muchas iglesias italianas y el rito católico le interesó tanto que más tarde intentó representar una misa, en Wahnfried, preparó una capilla y la celebró ante un cuadro de María instalado bajo una lámpara, según lo que había visto en Italia. Durante un tiempo su padre se lo permitió, pero al fin la cosa le resultó molesta y pronto acabó con ello.

El “Parsifal” que en el año 1882, tras seis años de silencio, abrió de nuevo el Teatro del Festival, pudo seguirlo ya con cierta comprensión. Más tarde dijo: “Ante Parsifal sólo se puede estar de rodillas.” “Tannhäuser”, “El Anillo” (le parecía tan griego) y “Los Maestros Cantores” eran sus preferidas; ante el último Festival Sagrado, que debemos agradecer siempre al Maestro, se sumía en un profundo recogimiento. Era su auténtica religión. “No conozco el Dios de la venganza, sí el Dios del amor, el Dios de la compasión y el dolor.” Esto se dice con emoción en el “Schwarzschanenreich”, y también, “Quién es alegre también es bueno.” Este íntimo antidogmático cristianismo deja su luminosa huella en todos los poemas escénicos de Siegfried. También conmueve el corazón a través de las palabras del venerable Ekhard en “Kobold”: “¡Piensa en la estrella de nuestra vida, recuerda a nuestro Santo Señor!” y aquí resuena una sagrada melodía de profunda inspiración: “¡Oh, cabeza cubierta de sangre y heridas!”. En una audición del “Schwarzschanenreich” en la Radio de Berlín, dos músicos, ante el coro del tercer acto, expresaron un insolente comentario. Siegfried dejó la batuta y con seriedad quiso poner la cosa en su sitio: “Señores, no deben ignorar que esto son los frutos de 1918.”

En una fotografía del Crucifijo de Veit Stoss de la Sagrada Iglesia de Nürenberg, que mandó como felicitación de Pascua, escribió sobre la

estremecedora expresión de dolor: “¡No es esto maravilloso! ¡Algo así sólo pueden hacerlo los maestros alemanes!”

Tras el Festival Sagrado, el Maestro emprendió su último viaje a Italia, a Venecia. Siegfried hablaba con gusto sobre esta última época con el padre y los suyos. Nadie pensaba que sólo quedaban meses para que Richard Wagner permaneciese junto a los seres queridos. Esta última época la grabó en sus “Recuerdos” mostrando a su padre con un retrato maestro: sus rasgos humanos, su humor, su manera de dirigir en ocasión del cumpleaños de la Sra Cosima la juvenil música wagneriana. Siegfried habló sobre su dirección de orquesta, su manera vigorosa, pero tranquila, su mirada orientadora. Ante una pregunta contestó: “Esta es la escuela de mi padre.” Hemos visto la misma manera poco efectista de manejar la batuta en Muck, Nikisch y Hans Richter. Es precisamente la irrevocable y genial objetividad que deja que sólo hable la obra cosa que él aprendió de su padre.

Tras la muerte del Maestro, la vida, para el hijo, tomó otra dirección. Hasta entonces su educación estuvo en manos de profesores particulares; Heinrich von Stein, fue entre ellos el más eminente. A partir de este momento Siegfried entró por primera vez en una escuela.

“Estuve contento de encontrarme finalmente entre jóvenes de mi edad.” Hasta terminar el bachillerato asistió a la Escuela de Bayreuth. Conservó siempre un grato recuerdo del Rector de aquel momento y explicó algunas anécdotas del apreciado profesor, por ejemplo su pregunta: “¿Quién es el más gran humorista?” Un alumno dijo: “¡Wilhelm Busch!” La respuesta correctora fue: “¡Jean Paul!. O si un alumno contestaba dudoso: “... Creo ...” El rector decía: “¡Creer es cosa de la religión!” Pudo dedicarse a su amado griego, y más adelante no hubo ninguna obra de los poetas y literatos griegos y de los importantes trabajos sobre Grecia que no conociese. Cada vez que viajaba a Berlín su primera visita era para sus amados arcaicos, con que gusto saludaba a la Diosa Sentada; la sala de las figuras de Tanagrá era su preferida. Para él había sido un pueblo de genios.

Wahnfried pasó unos años con muchos problemas. Debía mantenerse el Festival a pesar de las dificultades económicas. El patrimonio de la familia fue

reconstruido por Adolf von Gross, con ayuda de los cada vez más importantes derechos de autor, y Siegfried comentaba a menudo que debieron adaptarse a otra forma de vida, ya que no era como antes “en tren de lujo”. Pero ya entonces esto no le afectaba intensamente. Su alma se encontraba siempre bañada por el sol. No se preocupaba ni se asustaba. Estaba lleno del maravilloso amor hacia su madre, para la cual, también el hijo, era la estrella de su vida. En esto también era completamente objetivo, la admiraba, ante ella se encontraba como ante un fenómeno de la naturaleza, bromeaba con ella sobre pequeñeces humanas, y en las alturas espirituales que madre e hijo recorrían se hacía siempre visible su humor, su gozoso humor que hacía feliz a la señora Wagner. Sobre todo su talento de mimo, imitaba a otras personalidades, también junto a sus hermanas, y lo hacían con los amigos y conocidos que aparecían por allí. Por ejemplo con Malvida von Meysenburg lo hacían, sobre escenas vividas directamente,

Unas imitaciones que siempre despertaban admiración. Así, hizo que la imitada cantara: “Ahora vive una persona ideal en Taygetos, lee sobre los pastores de Homero y Hesiot, tiene una total necesidad de cultura; lee la nueva prensa libre y se llama Nikias Oppenheimer.” Y también lo hacía sobre la otra amiga de Bayreuth, la Sra. v. R.. Esto se hacía casi siempre por la tarde cuando la familia se reunía a la hora del te. Un día explicó como Malvida: “ Ahora ha aparecido en Berlín una nueva Juana de Arco, con un gran corazón dedicado al pueblo: Anita Augsburg.” Riendo dijo la Sra. Wagner: “Niños, basta, esto es una auténtico desfile de fantasmas.” Una vez comentó: “Cuando por la noche no puedo dormir me vienen a la memoria las historias de Siegfried, y tengo que reírme a carcajadas.”

El gran talento de Siegfried para la arquitectura hizo que al terminar la Escuela en Bayreuth se dirigiese a las Escuelas Politécnicas de Berlín y Karlsruhe, pero a él siempre lo dominó con más fuerza la música. Sin dejarse influenciar por la madre, que manteniendo la idea del Maestro, estaba a favor de elegir para él una profesión liberal, se presentó un día ante ella y le dijo: “Mamá, estudiaré música.” La escueta respuesta fue: “Bien, esto es más bien una orden.” Así, Siegfried estudió contrapunto con Humperdinck. A Humperdinck lo calificaba de querido profesor, y les unió una larga amistad. Sobre él contaba rasgos de

un original humor. Las certeras ocurrencias eran fuente de gran hilaridad. Recordó a lo largo de los años las bellas historias del maestro, por ejemplo el discurso que quiso hacer en griego en un banquete. Se levantó, sonriendo se frotó las manos, los miró a todos cordialmente y ... volvió a sentarse. La buena opinión que le merecía el alumno se refleja en estas poéticas palabras: "Siegfried es como un árbol que ostenta al mismo tiempo flores y frutos." Y el comentario hecho a la Sra. Daniela Thode: "Mi "Königskinder" es música de profesor, (cuan injusto es en su modestia, Humperdinck, sobre su valiosa obra) el derroche de ideas lo tiene Siegfried."

En esta feliz, aunque estricta época de juventud se encuentran los años de los Festivales de Bayreuth en que aparecieron por primera vez, en 1886 "Tristan" y en 1888 "Los Maestros Cantores", junto a "Parsifal". Allí recibió la enseñanza y el estudio de la gran dirección de escena de la Sra. Cosima Wagner, que aunque el mundo no lo supiera todavía, había creado el Estilo de Bayreuth. Entonces, viendo y escuchando se desarrolló en él el regidor genial. "Tannhäuser", que contra la incompreensión reinante la Sra. Wagner impuso tercamente en 1891, representó mucho para él. Este año del Festival fue muy cuestionado. Los viejos wagnerianos vigilantes pusieron el grito en el cielo al ver que la Sra. Wagner pretendía dar una obra de juventud y además en la versión de Paris. Sobre estos días pueden leerse en sus "Recuerdos" unos divertidos comentarios.

En Frankfurt am Main, estudiando con Humperdinck, trabó amistad con un inteligente joven inglés, el músico Clement Harris, que estudiaba con Clara Schumann. Conoció también entonces al maestro Hans Thoma, visitándolo a menudo en su taller. En 1890, su cuñado el Sr. Thode, tenía ya contactos con este gran pintor alemán. Siempre, después de Böcklin, celebraba este extraordinario paisajista, el fantástico creador de imágenes, el maravilloso colorista, aun que no sin ser algunas veces crítico.

Harris lo invitó al barco de su padre para hacer un viaje a la India, China, Japón y las Filipinas. Los jóvenes atracaron primero en Gibraltar, y realizaron una pequeña excursión a Granada, allí visitaron la Alhambra que entusiasmó a Siegfried. Con una mirada de reojo al barroco jesuítico, escribe en el diario de viaje y en las cartas que manda a casa, que coloca este arte autóctono al lado

de los amados griegos. Después siguieron por el canal de Suez hacia Ceilan, hasta Singapur. Durante el camino hizo serios estudios. Las obras de su padre, Schopenhauer y Gobineau fueron sus lecturas de viaje, además dibujó mucho, en este caso hizo bocetos de los retratos de los pasajeros del barco.

Sobre este viaje se han hecho públicas unas hojas del diario repletas de vida, unos recuerdos casi pintados al fresco, especialmente las últimas aventuras en Filipinas son realmente sabrosas. Casi como si estuviéramos allí mismo nos muestra los exuberantes colores de la vida exultante de este mundo. Pero en este extraño y fantástico Oriente sigue manteniendo su alma alemana, esto puede verse en un comentario del 3 de Abril de 1892, desde Singapur: "Por la tarde dimos un pequeño paseo, de repente, entre el barullo de los gritos de los vendedores, el ruido de los coches y las sirenas de los barcos resonó, desde un gran edificio cercano, un coro de la Pasión según San Juan. Un escalofrío helado recorrió nuestra espalda, quedamos fascinados sin poder creer lo que estábamos escuchando, pero era verdad, cuanto más nos acercábamos más claro era que allí arriba estaban ensayando la pieza, quizás para Pascua, o mejor para el Viernes Santo. Probablemente era uno de los Coros de los que había oído hablar a Kniese, me quedé sin palabra. La impresión para nosotros fue tan arrolladora, la esencia de la religión, la fe de Bach firme como una roca, nos invadió tan directa tan embriagadora que desapareció todo lo de nuestro entorno, y nos vimos obligados a reconocer que nunca este genio nos había causado una impresión tan profunda. En pleno ambiente tropical llegó hasta nosotros esta maravillosa melodía. ¿Podría habernos pasado algo más hermoso? Seguro no fue pura casualidad que en aquel preciso momento pasásemos por allí. Quizás también en este instante se cantaba en Bayreuth y mamá lo estaba escuchando. Los dos estábamos tan emocionados que durante todo el camino de regreso no fuimos capaces de pronunciar una sola palabra."

A continuación el viaje llevó a los dos amigos a Hongkong y Canton, los relatos sobre Japón y China son de una gran vivacidad. Esperemos que alguna vez podremos ver publicado ese diario ya que es un interesante trabajo de observación y descripción. La visita a Filipinas esta descrita con imágenes de una exaltación tropical de gran belleza paisajística, y el diario se cierra con un

humorístico relato sobre una mesonera española, una curiosa mestiza que podría haber tomado parte en una opereta de Strauss.

El año 1893 le ofreció a Siegfried un importante trabajo artístico con la dirección de escena de "Tannhäuser". Bayreuth tuvo que luchar con la incompreensión, no solo de los contrarios sino de los hiper-wagnerianos, como Siegfried los llamaba. Pero firme, la Sra Wagner siguió su camino y obra tras obra instauró su genio en el Teatro del Festival. Todo fue criticado: los cantantes extranjeros, el sentido de las puestas en escena, los amigos y visitantes, al final ha resultado que debemos agradecer a la admiración del extranjero que Bayreuth pudiese mantenerse; hasta que finalmente, Alemania, que ante casos excepcionales siempre vacila, reflexionó, y llenó el Teatro al noventa por ciento. El año 1894 ofreció "Lohengrin, y "El Anillo del Nibelungo" se preparó para 1896. En Bayreuth se fundó la Escuela de Creación de Estilo bajo la dirección de Julius Kniese. Para cerrar su curso escolar se ofreció una representación del "Freischütz" en el antiguo Teatro Rococó de Bayreuth, en ella se dio la primera actuación de Siegfried como director de orquesta. Fue tras la comida de esta celebración cuando Humperdinck "no" dio el previsto discurso en griego comentado más arriba. Cuán a gusto rió Siegfried por este sabroso episodio. Sobre el estilo hablado y representado de Bayreuth, sus recuerdos dan dentro de su brevedad, un exhaustivo informe. Siegfried siguió todos los ensayos, si faltaba algún participante él ocupaba su lugar, y dirigió por primera vez el "Anillo" desde el podio de la gran orquesta. Reconoció: "He sentido la protección de una mano sobre mi." Su intenso don estético lo llevó a interesarse ante todo por los decorados y la luminotecnia, realizando verdaderos milagros con la nueva incorporación de la luz eléctrica. Recordamos la escena en que los dioses envejecen, y la de la maldición de Alberich en "El Oro del Rin", allí creó una magia de color fascinante, reproduciendo la que mana de la orquesta en los Nibelungos Cuando en la primera escena aparece el Walhalla en un vago color violeta, sobre el ocaso gris verdoso del cielo, y en la maldición el oro fulgura inquietante sobre la cerrazón tormentosa, se capta perfectamente la intensidad del Mito.

Así sólo quedaba la representación del “Holandés Errante”, y este atractivo trabajo, la Sra. Wagner, lo confió íntegramente al hijo. Fue una sorprendente novedad ver la obra de juventud de la mano del joven maestro.

En completo silencio Siegfried fue creando su propia obra, un poema sinfónico, “Sehnsucht”, sobre un poema de su estimado Schiller apareció primero en la sala de conciertos; y surgiendo del suelo patrio de Franconia aparecieron las figuras del “Bärenhäuter”. Kulmbach con el viejo Plassenburg el bosque de abetos, los encantadores viejos pueblos, los campesinos de la patria que tanto amaba. Cuando se encontraba ante una auténtica pieza de Dürero, genuina y erosionada se enamoraba rápidamente de ella. Todo esto influyó en la soberbia obra de su vida y en su carácter. Con profunda emoción siguió la Sra. Wagner el paulatino desarrollo de su maestría. La imagen de San Pedro le puso unas palabras en la boca: “Yo soy la norma, soy quien está a la cabeza, el llorón llora para reír eternamente, el mentiroso manifiesta la verdad, al durmiente que vela, lo despierta el gallo.” Y el melancólico Hans Kraft: “El agua es sagrada, el agua es purificadora.” Esto Siegfried nos lo explicó en su momento, en Weimar. Munich celebró el estreno y Siegfried dirigió la escena. El Intendente Possart estuvo ostentosamente amable con “el querido joven maestro”. Isolda Wagner, que también estaba bien dotada como pintora, diseñó los figurines y así la madura obra juvenil recibió su bautismo. Asistieron la Sra. Wagner, las hermanas, parientes, amigos de Bayreuth y de Wahnfried y un público muy interesado, el éxito fue enorme. Tras el segundo acto, que pareció un cuadro de Brouner, con los deliciosos campesinos, los pobres viejos, el Párroco, el Mesonero, el grotesco Duende, los honrados y acosados Alcaldes, las necias Hermanas y la graciosa y amada Luisel, todos vertieron lágrimas por la emoción y la ilustre madre abrazó a Siegfried con las palabras: “Este es el día más hermoso de mi vida.” Qué mejor premio podía conceder la Divinidad al hijo que estas palabras maternas de la esposa de Richard Wagner, la que había asistido a las primeras representaciones de obras como, “Tristan”, “Los Maestros Cantores” o “El Anillo del Nibelungo”, y que con su naturaleza, amiga de la verdad, dijese estas palabras. La Ópera Popular empezó su victorioso camino por los Teatros alemanes, fue muy bien recibida en todas partes y representada con frecuencia. Los abundantes derechos de

autor permitieron a Siegfried regalar a su madre un valioso servicio de porcelana pintada que adorna el comedor de Wahnfried. La Sra. Cosima comentó una vez: “La aversión y la malquerencia que durante tanto tiempo se cebaron en el Maestro y en Liszt , mi padre, parecen haber cesado.”

Siegfried, con la llamada de la trompa de Hans Ktaft, que en el magistral prelude orquestal convoca al demonio, despertó el encanto de sus personajes y así empezó una preciosa creación poética y musical. Lo principal en ella es la melodía, brota inagotable y personal. Su madre dijo una vez: “Tu eres el último melódico.” Y a través del estudio de las obras de su padre nace su estilo musical dramático, que domina sin ninguna clase de wagnerianismo, y que era la base de su melodía introducida en las formas musicales de sus óperas. El Maestro en su “Ópera y Drama” dijo que Carl Maria von Weber había fracasado al querer solucionar los problemas de la ópera, ya que quiso hacerlo todo desde la pura melodía. Y ahora su hijo había realizado el milagro. Siegfried hablaba muy raras veces de su obra, pero, sin más, se colocó en la línea de los maestros alemanes: “Mira, Bach, Beethoven, Mozart, Weber, mi padre, y también yo, a mi manera, la hemos mantenido ya que nadie sin ser músico podría haberlo hecho.” Se sentía tranquilo y orgulloso, situado sobre el fresno de mundo, crecido gracias al gran arte alemán.

En el ensayo general de la representación del “Bärenhäuter”, en Dresde, que se le ofreció como regalo de boda, junto a su bella esposa íntimamente ligada a sus ideas, emocionado ante su propia obra, contestó a una inquisitiva pregunta: “Sí, probablemente más tarde no habría podido hacerla.”

En un derroche de personalidad, en una realidad shakesperiana que sorprende en una obra primeriza, con la gente de Franconia que habla con naturalidad, auténtica, recia, alegre, con sencilla gravedad, en esta escena poética, aparece íntegramente el espíritu heredado de su padre. “¿Queréis una ópera popular?, aquí tenéis una.”, dijo M. G. Conrad, “nada de malicia, nada de sofisticado refinamiento, un arte firme, con un espíritu vigoroso, un soleado y alegre arte juvenil salido de lo más profundo del alma, ¿qué puede haber de más maravilloso?” Sí, la prensa fue buena, y algunas maliciosas y tontas amonestaciones que vaticinaron un duro porvenir a la obra, fueron superadas por la rápida aparición de numerosas voces que saludaron y alabaron el

“Bärenhäuter”. En la obra de Glasenapp, escrita con sangre salida del corazón, “Siegfried Wagner y su Arte” puede leerse un magnífico comentario sobre la obra; él comprendió y amó a Siegfried profundamente, y con la genial sagacidad con que su pluma hace de la gran biografía de Wagner algo único, rastrea todos los misteriosos hilos que unen la poesía con el Mito, con la Saga, el cuento y lo popular.

En los dos siguientes años el “Bärenhäuter” llegó a más de 150 representaciones en los grandes y medianos Teatros de Alemania. Siguió el juguete cómico, como Siegfried lo llamaba, “Herzog Wildfang”, y así como en el “Bärenhäuter” situó la materia de su ópera en lo fantástico, esta vez lo hizo en Bayreuth, la bella y querida residencia del rococó alemán, un Príncipe Franco, los Miembros del Consejo, Blank, el seductor del pueblo, cuya imagen había vivido él mismo en la patria, artesanos y el jardinero Zupfer, el poético entorno, el viejo palacio ante el cual hacía siglos que existía el jardín de rosas, una colorida fiesta en el prado con barracas de feria y salchichas fritas, o sea una vida popular de auténtico encanto, y en ella un asunto dramático lleno de alma y vida. Con una belleza melódica sin igual, en este espiritual cuadro escénico, la sangre de la música fluye por las venas de los personajes, la rica trama y el humor celebran una auténtica fiesta. Ya desde el principio del preludio, el tema del Duque ofrece una esplendorosa majestad, y el gracioso tema de los Consejeros, realizado de manera contrapuntística se introduce en la emocionante y profunda melodía. Y entonces empieza lo puramente popular. “Qué el diablo se lleve el maldito alboroto,” ruge el pueblo, y el bribón Blank, empalagoso y maligno, aparece, galante, seductor, enamorado y celoso en un tema musical realmente único. “Hay una escena con Osterlind, en la que se burla del impertinente enamorado, que es una auténtica herencia mozartiana.”, escribe Glasenapp.

En el segundo acto se encuentran unidas la más absoluta gravedad y la broma llena de humor. El tercer acto es de nuevo un auténtico Siegfried. Empieza con la fiesta del prado, con barracas de magos, ruedas de la fortuna, bellas bailarinas y la mujer gorda, todo envuelto en un encantador vals popular, alegre ambiente de un mercado anual en el sur de Alemania. Ya en el “Bärenhäuter” había representado una mañana de Pascua con las danzas de

los campesinos. El Vals del “Wildfang” está al mismo nivel de las danzas del “Freischütz” y de “Los Maestros Cantores”, es una tercera pieza maestra. Todo en un bello ambiente del verano alemán, descrito por un pintor paisajista musical. “Esto sucedió en el valle del Main”, decía Siegfried riendo, refiriéndose a la imagen original del momento. ¡Esta puesta de sol! “Desde arriba, la muralla nos hace señas en el silencio de la tierra.” Ningún corazón humano pede cerrarse ante tan profunda belleza!

Y a esta obra, en Munich, le vaticinaron un fracaso. Desgraciadamente la censura de algunos consiguió que hasta el “Bärenhäuter” fuese rechazado por los Directores de varios Teatros, pero después de la violenta supresión del “Herzog Wildfang”, la cosa volvió a reanimarse. A pesar de todo la obra ganó muchos corazones. Cuando Siegfried, pálido, abandonó la Hofoper de Munich, una dama se acercó a la ventanilla de su coche, era Rosa Eidam, y le dijo furiosa e indignada: “Señor Wagner, usted tiene un fiel auditorio, no crea que esto era la voz del público.” Siegfried recordó durante muchos años esta declaración y siete años más tarde Plauen dio, con medios sencillos, pero con gran éxito el “Wildfang”. Siguió Gera, y en 1910 una representación especialmente bella en Halle. Un interminable aplauso premió al Maestro: “Sí muchachos, fue completamente distinto a lo que se dijo en el periódico, no podrán liquidarme.” Esto es lo que nos dijo cuando lo saludamos felicitándolo. Sobre esta representación de Halle escribió el “Berliner Börsen Courier”: “La festiva obra, con su gran humor y al mismo tiempo emocionante y atractivo contenido, su poética y musical belleza sumió al público en un completo hechizo, y tras el magnífico tercer acto mostró su espontáneo entusiasmo, por lo cual puede hablarse de un éxito poco corriente.”

El último deseo de Siegfried en referencia a sus obras, lo expresó algunos días antes de su colapso: “Muchachos, representad de nuevo, una vez más, mi “Wildfang””. Y esto lo realizó, recordando al que nos fue arrebatado tan pronto, el “Stadttheater” de Königsberg. El Intendente Dr. Hans Schüler ofreció la obra, con asistencia de la Sra. Winifred Wagner. El Dr. Schüler realizó la dirección escénica, el Conde Gilbert Gravina la preparó con gran interés y dirigió la representación que desencadenó nuevamente una tormenta de aplausos. (La última representación de “Wildfang” en Hannover, en Octubre de 1940, con

puesta en escena del Dr. HansWinkelmann, tuvo de nuevo un contundente éxito.)

Sí, el público ha estado siempre con él. Todas las representaciones y conciertos de Siegfried a que hemos asistido, han sido siempre un total éxito de público. Cada vez nuestro querido Maestro tuvo que aparecer ante el telón o sobre el podio, algo tímido e infantil pero radiante, algunas veces se le debía forzar a salir. Hace tres años una interprete del bello "Bärenhäuter" de Hamburgo explicó: "Los demás compositores famosos esperan impacientes la llamada a escena, al Sr. Wagner se le debe empujar" Y entonces aparecía la prensa y echaba agua a nuestro vino.

La tercera ópera, su preferida, el "Kobold", no se estrenó en el malévolo Munich, fue en Hamburgo, y esta obra tan personal conquistó muchos corazones para el joven Maestro.

"Siegfried Wagner ha elevado hasta la nobleza la Saga del "Kobold.", escribió emocionado por la obra, Ferdinand Pfohl; "él extiende, desde el tesoro de su fantasía, preciosos tapices bajo los pies de sus personajes. Las bellas y valiosas flores de su música adquieren fuerza desde el fértil y nutrido terreno popular, es la espontánea melodía del pueblo, del genial vagabundo, del comediante ambulante. Las canciones de los majaderos, sobre todo la canción, fiel trasunto de la naturaleza, de la gallina negra, cantada directamente desde el corral, con un atrevido humor, en la cual los grotescos cacareos y diabólicos quiquiriquís son de una increíble comicidad. Siegfried Wagner ha puesto una melodía popular de auténtica calidez en la bella canción del pájaro ciego con el dolorido anhelo que le rompe el pecho, en ella recupera al mismo tiempo la música de antiguas melodías corales. Por doquier se escuchan aires populares – en el auténtico sentido de la palabra - . Con delicados y románticos colores, con expresivos acentos, dibuja Siegfried Wagner las fantásticas escenas del "Kobold", aquí resuena también de nuevo el oculto y cortante acento doloroso procedente de otros mundos. Y otro comentario dice: "En relación a lo puramente técnico, creo que la partitura del "Kobold" es el trabajo más maduro de Siegfried Wagner. Todo está cuidadosamente estructurado, la instrumentación es realmente maestra, de una rara fineza, delicadeza y encantadora diafanidad." "Hoy es soberano en la orquesta, ha adquirido un

nivel tan elevado como pocos de nuestros compositores escénicos poseen.”, dice el “Neue Hamburger Zeitung”. También en esta obra aparece en primera línea su inclinación por los poéticos motivos populares: “Recuerdo la escena del último acto, donde la mujer de Trutz, después de haber alimentado a los actores, pone en un pote aparte comida para los Kobolde, para ganarse su favor ... es esta una manera finamente poética, que a través de la música, Wagner nos deja clara la situación. Aquí se ve de inmediato que, como en otros lugares, deja que a través de la música aparezcan los pensamientos, como en las oscuras ideas de la madre de Verena y también cuando la figura del Conde Ekhard se reconoce en su espectral apariencia. ¡Escuchad por una vez lo que allí dice la música! De manera insinuante busca nuevas y bellas variaciones, serias, festivas, y humorísticas. La canción de Verena sobre el pájaro ciego es una obra maestra por su pequeña forma llena de alma y nobleza, en las siguientes estrofas se eleva armónicamente dando paso a melódicas figuras en las que hábilmente introduce las llamadas sextas napolitanas. También en la primera escena hay una preciosa y espiritual llamada, una insistente petición con un dolido eco: “¡Escúcha Verena!”. Una inspiración que hubiese hecho honor a Schubert. También el idilio del Saltamontes se realza con plenitud de sonidos naturales, un chirriar de cigarras que provoca la risa. Pero todo esto queda en la sombra ante una escena magistral, aquella que conduce al final liberador, tras la frase de Ekhard, con el mi mayor, “En el sorteo de la vida les ha tocado la ceguera” aparece indiscutiblemente el más brillante episodio de toda la ópera. “Esto es auténtica poesía, brotada de una pluma que ha escrito con la sangre del artista. También los dos duettos – si se me permite la expresión - entre el Conde y Verena y entre la Condesa y Friederich son fruto de una feliz inspiración. En el último, con una rica exposición en re bemol, se encuentra también la poesía más natural con el delicado susurro de melódicas florecencias. Hay todavía mucho más, que nos muestra en una elegante pintura los resultados de los objetivos del Sr. Wagner.” Y así sigue. (W. Zinne). Fue Glasenapp, que asistió a la representación, quien reunió distintos comentarios.

Esta fue la única obra que Siegfried dedicó a Hans von Wolzogen (el “Caballero del Gral”) Posee un peculiar encanto, al principio casi sorprende la

época en que el poema sucede, a principios del siglo 19, en pleno romanticismo alemán; la enorme figura de Napoleón ha pasado ya por el mundo, y justo en este momento la obra posee peculiares colores.

Fueron felices los días en que a la familia y a los amigos se les presentó la ocasión de asistir a las representaciones. Siegfried dirigió los últimos ensayos y rápidamente tuvo que poner las cosas en su sitio, especialmente sus instrucciones sobre iluminación fueron impactantes. El éxito de público era cada vez más importante, siempre debía salir a saludar ante el telón, y después se reunían todos alrededor de la mesa.. También ante el “Kobold” apareció de nuevo la sabia crítica de Berlín, que sin tener la más mínima idea se mostró despreciativa. Se puso pasión en hacerle la cosa difícil al joven Maestro y ciertas hojas malignas se ensañaron con él. Pero él no leía ninguna crítica, ni buena ni mala: “Cuando se sabe de que va la cosa, uno se enfada, y esto no vale la pena.” Lo dijo así, más o menos. ¿Podría ser que encontrase algún reconocimiento para su labor? En todo caso, una noche en Wahnfried, abandonó la sala al leerse algo sobre él: “No soy capaz de quedarme sentado allí.” dijo.

Así pasaron estos bellos años juveniles, en el círculo de Wahnfried, trabajando para el Teatro del Festival y para su propia obra, y en viajes de conciertos que lo llevaron por Europa. El día estaba, casi penosamente, distribuido de forma metódica. Siegfried era madrugador. Había construido su casita junto a la Villa. Cuando se entra en el pasillo, ornado con cuadros de trajes populares y recuerdos del viaje a China, retratos en papel de arroz y unos relieves griegos, se llega por una escalera a su estudio que ocupa toda la anchura de la casa. También las paredes de la escalera están cubiertas por antiguas láminas y retratos, todo recuerdos personales. En el centro del gran espacio está el piano de cola, detrás la gran mesa escritorio, junto a ella estanterías con libros. Las paredes están cubiertas de cuadros, retratos de los grandes maestros, fotografías de la Capilla Sixtina con las maravillosas imágenes de Miguel Ángel. También regalos de amigos artistas, la gran mesa de cobre de Peter Cornelius, la Hoja del Canto de los Nibelungos que el Maestro colgó cuando trabajaba en ellos y las delicadas acuarelas que el mismo Siegfried había pintado en Asia Oriental. Al lado hay un sencillo dormitorio y un baño. Una

bella copia del Cristo de Tilman Riemenschneider, magistralmente tallado en madera, ocupa el lugar de honor y una gran acuarela de Herkommer representando la Sra. Cosima Wagner se encuentra en un caballete. En este pequeño mundo, exacto reflejo de su ser espiritual, trabajaba Siegfried cada mañana.; después del desayuno desaparecía en su estudio y volvía a los suyos y a los frecuentes huéspedes, justo al mediodía para comer con ellos. Después de un corto paseo por el jardín y una siesta, dejaba que le leyesen o leía él mismo hasta pasadas las cuatro, y entonces llegaba la agradable hora del te, la única comida que la Sra. Wagner, después de su grave enfermedad del año 1906, tomaba con sus hijos. Allí se hablaba de muchas cosas, tanto serias como graciosas, sobre todo aparecía cada día el talento de Siegfried para imitar a la gente, entonces se transformaba su rostro, gestos y voz eran los de la otra persona. Cuando más tarde, aquí en Berlín, alguien mostró inquietud por saber si también formaba parte de su repertorio, dijo despreocupado: “También lo hago con mi madre y con mi familia.” Un día explicó: “Imagina mamá, ¡he encontrado en el tren a Lili Lehmann, y me ha dicho que no tienes corazón!” “Bueno, ella hizo mucho por nuestra causa en los años 76.”, contestó la Sra. Wagner tranquila.

Después del te daba con sus amigos y sus perros un largo paseo por los bellos entornos de Bayreuth, y al volver a casa pasaba una hora con su madre. La noche, después de cenar, pertenecía a la lectura, esto era una tradición en Wahnfried desde los tiempos del Maestro. Su hermana Eva, más tarde Chamberlain o un huésped presente, hermana o amigo leían, esto duraba hasta las diez y media.

Siegfried tenía un amplio conocimiento de la literatura universal. Desde su primera juventud había leído mucho y por su trabajo conocía los escritos germánicos sobre la lengua, lo popular, tradiciones y sagas, siempre guiado por sus venerados Hermanos Grimm. Constantemente consultaba a sus queridos griegos, Homero, los Trágicos, Platon y el encantador florecimiento tardío de la Metamorfosis de Ovidio. Leía muchas obras históricas, en primer lugar, el gran Gibbon con la “Historia de la caída del Imperio Romano”; apreciaba en gran manera a Plutarco y entre los nuevos, Treitschke, sintiéndose también atraído por Ranke . Sentía interés por cada nueva obra

histórica que aparecía, hablaba gustoso sobre ellas y las recomendaba a sus amigos. Le gustaba sobre todo “Federico el Grande” y su gran revolución de Carlyle, sobre todo la narración de “Friederich Wilhelm I y Robespierre”. Una vez leímos juntos la Historia de los Hohenstaufen de Raumer y le divertí sobremedida el episodio de la huida del enviado del Papa de Strasburgo, este corpulento señor quedó sujeto en una grieta de la muralla y solo pudo salvarse gracias a un fuerte golpe en el trasero. Le causó una gran impresión la “Historia de Friedrich II el Hohenstaufen” de Kantorowitz, la recomendó calurosamente.

El hijo de Richard Wagner y alumno de Gobineau tuvo siempre un gran interés por el interrogante que se daba sobre las razas, siempre lo tenía presente. Amaba los principios de Chamberlain, más tarde el valioso escrito de Günther y hablaba a menudo sobre este grave tema que a nosotros los alemanes se nos dio a conocer a última hora, quizás demasiado tarde. La Sra. Cosima Wagner dijo una vez con una visión genial de la historia del mundo: “La sangre lo es todo.” Esta era también la creencia de Siegfried y es el hilo rojo que recorre sus obras. Para su espíritu dramático, Schakespeare era una de las estrellas de primera magnitud, sobre todo amaba “Hamlet” y “Macbeth”. “Esta era también la pieza preferida de mi padre”, decía; pero casi le era insoportable la violencia de “Lear”, su humanidad se sublevaba ante el cruel destino y la irreparable falta de la tragedia. Conocía a Cervantes y Calderón y los amaba, Don Quijote, junto al único y sabroso Sancho fueron auténticos compañeros de su vida. A menudo comparaba su madre con el noble caballero, el arrogante idealismo, siempre vencedor, que aparece en la inmortal novela lo encontraba en ella; así dirigía una sonriente mirada a la Sra. Wagner cuando paseando con la fiel enfermera Dora la instruía sobre elevados temas. Una vez explicó como una noche que estaba mal humorado se acercó sin ser visto a un grupo de curiosos que contemplaban a la Sra. Wagner que rodeada de su familia se encontraba en un balcón acristalado. “¿Mirad, no creéis que se parece a Don Quijote?” dijo una pizpireta dama. De repente al descubrirlo, escaparon gritando: “¡Dios, el Siegfried!” y el lugar quedó desierto. Él río a gusto sobre el episodio y una vez nos dijo: “Tanto yo como mamá hablamos a menudo de Don Quijote.” Eso demuestra su absoluta despreocupación ante los grandes y amados genios.

Las mejores obras españolas eran para él las de Calderón : “El médico de su Honra”, “El Alcalde de Zalamea” y “El Mayor Monstruo del Mundo, los Celos”, que también se leían en las lecturas vespertinas. De los escritores ingleses su preferidos eran Scott y Dickens. Admiraba las figuras de Luis II en “Quentin Durward”, la Reina Elisabeth en “Kleinworth” y el magnífico Jacobo I en “Niggels Abenteuer”. Leía con preferencia las novelas de Dickens. Sobre la grandiosa novela “ Historia de Dos Ciudades”, escribió lleno de admiración en una carta que ofreceremos más adelante.

Pero para él por encima de todos los escritores de novelas estaba Balzac. A menudo decía que los alemanes no tenían un gran talento para la novela, todo era demasiado amorfo, excepto naturalmente, “Wilhelm Meister” con la cual colocaba a Schopenhauer en la pequeña lista de las grandes novelas europeas. Había leído todo Balzac y sus simpatías eran para la Tía Lisbeth, el primo Pons, Eugenie Grandet, el Coronel Chabert. También la Sra. Wagner lo apreciaba mucho, hablaba gustosa del gran hombre y poeta y sobre todo la habían hechizado el “Cousin Pons”, fiel a Alemania, atacado por la banda parisién de cazadores de herencias, los “concierges” y todos los depravados egoístas de la ciudad..

Siegfried conocía también los franceses antiguos, con qué profundo interés leía la Nueva Heloisa y las Confesiones de Rousseau. Las siguientes cartas lo dicen. Y después lo atrapó el genial Flaubert, el autor de “Madame Bovary” y se estremecía ante el colosal “Salambo”, con los temibles cartagineses.

Había leído también una gran cantidad de tomos del nuevo Pitaval y recomendó a los amigos los casos que más le habían interesado. Rechazaba Zola, encontraba este tipo de relatos aburridos. Él solo leía los más grandes y debía ser algo muy intenso para que le interesara. También conocía y valoraba Tolstoi y Dostojewski, mandó “El Gran Inquisidor” con una dedicatoria alabando la acción de Lutero que nos salvó de una tremenda coacción.

Y después nuestros clásicos, que le eran familiares desde la juventud. Goethe y Schiller eran Lares domésticos en Wahnfried, sus retratos ornaban la biblioteca de Richard Wagner. Para él lo mejor era el “Faust”. En una representación de la primera parte, en el Teatro Alemán de Berlín, consideró que la escena de Margarita en la cárcel era, poéticamente la más grandiosa,

muy por encima de Schakespeare. Cuan a menudo leía el “Wilhelm Meister”, el “Tasso, el “Götz von Berlichingen”. Todas las maravillosas flores de la lírica de Goethe lo acompañaron durante toda su vida. Se quejaba a menudo de tener una mala memoria para la poesía y la prosa e intentaba que su extraordinaria retentiva musical completase la otra.

Atraído por los poemas de Goethe casi no dirigió la mirada al resto de poetas líricos, tampoco a los románticos. Pero el más cercano a Siegfried era Schiller; sus ojos brillaban cuando hablaba de él y siempre se alegraba cuando encontraba otros simpatizantes, sobre todo si era un joven bien dotado. Tuvimos una vez la ocasión de ver “La Novia de Messina” juntos, y quedó claro lo que para él representaba la obra de Schiller.

Conocía y valoraba en gran manera a Gottfried Keller y al genial Jeremias Gotthelf, las novelas del primero y “Uli der Knecht” del segundo.

“Mi cerebro rechazaba la filosofía, máximo podía entender Platón.”, dijo una noche y otra vez bromeó por su ignorancia sobre Kant. Más tarde le causó una gran impresión el escrito de Schopenhauer sobre la voluntad en la naturaleza, y siguió interesándose por el filósofo que su padre había valorado por encima de todos. Siempre que caían en sus manos sus escritos amaba las citas y estaba completamente de acuerdo con ellas. Acogió encantado, creyéndolas ejemplares, las traducciones de Platón por Karl Bering, aparecidas hace poco. En Wahnfried se hablaba a menudo sobre estos temas, así como de asuntos religiosos en los cuales Siegfried tomaba parte. También en sus cartas hablaba a menudo de los interrogantes sobre los conceptos ideológicos del mundo. El Antiguo Testamento era para él piedra de escándalo, él creía sólo en la Divina Figura del Salvador. En este sentido leía la Biblia buscando respuestas; siempre que llegaba una discusión sobre este asunto prefería escuchar y solo eventualmente introducía alguna palabra. Para nosotros fue inolvidable su reacción cuando un día se mencionaron unas palabras de Buda: “Ningún camino lleva de manera tan segura lejos de la salvación como el camino del arte.” Esto lo sublevó, y en una visita al Acuario de Berlín, observando cuatro tortugas gigantes, indefensas y de aspecto torpe, dijo: “Es posible imaginar a Buda sentado entre ellas.”

Rechazaba cualquier rígida dureza dogmática; esto venía de su corazón naturalmente bondadoso, y todo lo que oliese a teosofía o espiritismo le era sospechoso: “Eso no es para alguien que se siente a gusto con los dos pies sobre la tierra.” Mantenía con firmeza: “Puede ser que sea posible encontrar algo en ello, pero no para mí”.

Sus perros eran sus amigos, qué cantidad de bellos animales hemos disfrutado junto a él en Wahnfried; tenía una pareja de pastores escoceses de alto pedigrí: Wolf y Erda. Sobre Wolf, que al quedarse solo se puso muy triste, opinaba: “En su vida anterior debió ser un franciscano.” Después siguieron unos preciosos San Bernardos y sobre todo una pareja de terriers que le regalaron unos amigos y que tuvieron siete cachorros, le produjeron gran alegría. “¡Infinito contento con los cachorros Tommy y Flossy, en compañía de Frieder y Katherlieschen!” , escribió un día a su hermana Eva. No soportaba los perros de caza, demasiado manejables, opinaba. El último inquilino de la casa con el que convivió fue un Schnauzer, a Siegfried le gustaba su terquedad y su carácter. “Por qué viven tan poco los perros, muchas personas inútiles soportan una larga vida y un animal tan noble se marcha tan rápido.” decía a menudo. Para él representaba mucho el bello libro, “Brehms Tierleben”, siempre lo tenía a mano.

Durante los meses de invierno Siegfried estaba a menudo fuera de casa, la mayoría de veces debido a conciertos o cuando un Teatro se interesaba por él, pero la Navidad era siempre una fiesta muy especial en Wahnfried, entonces se reunían todos los que pertenecían a ella. Eran los únicos días en que su madre se vestía de blanco, a él no le gustaba en absoluto verla siempre de negro y la Sra. Wagner hacía esto por amor a su hijo. Los proyectos sobre los regalos eran numerosos, también contaban los amigos ausentes, y los que se recibían eran agradecidos a vuelta de correo. Pero llegaba la Primavera y acompañado de la madre y las hermanas se marchaba hacia el Sur, hacia la Riviera: “Donde la gente es alegre y chispeante el vino.”, canta su “Herzog Wildfang”. Siempre volvía a la amada Italia. Al terminar el Festival le gustaba visitar Venecia y el Lido. En todas las grandes y no tan grandes ciudades alemanas tenía sus círculos de amigos y todos se alegraban cuando llegaba. Se reunían en los Museos, en el Café a la hora del te y también después del

Teatro. Siegfried era muy tradicional con los restaurantes y tenía sus locales preferidos.

En la paz de su tranquila casa apareció su cuarta ópera, el “Bruder Lustig”. La alegre obra, dedicada al fiel y comprensivo amigo Dr. Fr. Glasenapp, fue estrenada de nuevo en Hamburgo. Esta fue la última vez que la Sra. Wagner asistió a la representación de una ópera de Siegfried. Tres años más tarde, en la siguiente, “Sternengeböt”, cuando los amigos le preguntaron, “¿Hoy debe sentirse feliz?”, él contestó, “Como puedo ser feliz si me falta la mejor.” Pero todavía había el reflejo de la alegría de la madre sobre la obra. El recibimiento del “Bruder Lustig” fue espléndido, la prensa apreció la obra. Glasenapp reunió 500 páginas sobre ella, reuniéndose allí una muy buena aceptación. La más audaz y acertada palabra impresa la dijo en Viena, Bruno Götz: “Siegfried Wagner es la consecuencia de Weber. Tras tres décadas, este árbol ha cogido fuerza. “Bruder Lustig” es un hijo del milenio pasado, un luminoso ojo que mira al futuro.” La Sra. Wagner me escribió ante su representación en la Volksoper: “Sobre el poema del “Bruder Lustig” te hablaré algo más tarde. Uno se siente trasladado a la Edad Media alemana con todos sus abusos, y es de nuevo tan personal que solo podría ser hecha por Siegfried.” Y en un comentario sobre la representación escribió a una amiga: “Sé que tú habrías compartido nuestra increíble alegría ante la obra. En ella todo es vida, su origen es auténticamente alemán, muestra una seguridad y un dominio que puede calificarse de “maestría”. Cada acto posee su particular carácter. El primero es exposición y palpitante interés, el segundo desarrollo, dejando libertad a los sentimientos, el tercero, con la gran escena del juicio, con interesantes episodios, es diferente en su carácter y construcción a los anteriores. La impresión fue decisiva ya que Siegfried puso en evidencia el sello de Bayreuth y obtuvo grandes muestras de simpatía y aceptación de su obra. Ante este reconocimiento siento lo que en otros momentos hubiese sentido si mi padre y Bülow la hubiesen aceptado, cosa que me habría causado una profunda alegría. Aquí contemplo emocionada la figura de este ser heroico e infantil que es la encarnación de una bondad victoriosa.” Y más adelante la madre escribe: “Me sentiría culpable si no te comunicase lo que Humperdinck ha dicho sobre el “Bruder Lustig”, palabras que tanto bien han hecho a mi espíritu y a mi corazón.” En la

Condesa Wolkenstein, a quien iban dirigidos estos comentarios, Siegfried había ganado una fiel admiradora: “La mecenas de mi padre y también la mía”, dijo en un parlamento que realizó durante una celebración en Bayreuth, en 1908. Una serie de Teatros dieron el “Bruder Lustig”. Sobre todo Siegfried y los suyos pasaron unos bellos días con motivo de las representaciones en Magdeburg. Se reunieron allí su madre, sus hermanas, su cuñado Henry Thode y varios apreciados amigos, al frente de ellos Klindworth el veterano wagneriano. La familia Wagner vivía en la acogedora casa de la señora Margarethe Strauss-Hauswald. Con escasez de medios, como a menudo sucedía en las escenas alemanas, la obra desplegó su conmovedora y humorística belleza. Especialmente las manifestaciones de Klindworth emocionaron a la madre de Siegfried, por su activa participación y por su exquisito e incondicional reconocimiento. “Y cuando Siegfried, en un banquete, se levantó y con su voz suave pero sonora, habló, al mismo tiempo discreto y decidido, serio y humorístico, tuve tan cerca lo ya conocido que perdí la sensación del presente y del pasado.” La noble Señora está aquí por amor y admiración a la persona y al arte del hijo, y se encuentra fuera del tiempo, volviendo a la lucha artística del padre, dentro de una nueva personalidad.

Esto fue en Noviembre de 1906. Aquel año Bayreuth había ofrecido “Tristan e Isolda” y Siegfried fue de gran ayuda a la madre en el trabajo de los Festivales. Era voluntad del destino que en adelante tendría que empuñar el timón. Había pasado por la escuela de Bayreuth y estaba preparado para la tarea. Empezó con el trabajo preparatorio para “Lohengrin” que debía volver en 1908, y junto a esto estuvo madurando una nueva ópera, un “asunto romántico” la “Sternengebot”. En estos años, ante el levantamiento del Baltico, Glasenapp había huido y había encontrado asilo en Bayreuth. Allí terminó con diligencia de hormiga la gran biografía de Wagner y participó con todo el cariño de su corazón en el trabajo de Siegfried. “¡Tú, el alma negra!” lo llamaba Siegfried bromeando, y algunas veces se refugiaba en su torrencial entusiasmo para ponerse riendas a si mismo. Pero esto no funcionaba, la fuerte vehemencia de nuestro Gurnemanz era solo posible gracias al conocimiento de los fundamentos en los cuales las obras de Siegfried tomaban cuerpo, y con esto le mostraba un gran desafío.

“En la estrella de la fe o en el nocturno emblema,
en la fuerza de Fonich, en el sinuoso Kobold,
todo en uno, tal como tu crees la ilusión,
debes, con suficiencia, crear tu destino.”

Este “todo en uno” está lleno de misterio, cuan curioso es que nuestro risueño Siegfried se sienta siempre atraído por los oscuros reinos. En el tema de cada ópera, creado por él, aparece: primero el grotesco demonio en el infierno, dentro del “Bährenhäuter”; en el “Wildfang” relampaguea en la inquietante corneja ladrona del infame Blank; el “Kobold” vive inmerso en lo fantasmagórico con sus irredentas almas infantiles y el mágico talismán; en el “Bruder Lustig” temblamos ante las brujerías de la noche de Andrés. En la excelsa obra que aparecerá ahora reina lo que ante los ojos del mundo medieval, y también hasta nuestros días sigue siendo creíble: el arte de la astrología que demuestra la influencia de los cuerpos celestes sobre los hombres, marcando sus destinos, pero como en los primeros poemas de Siegfried aquí también se encuentra la parte humana del amor el cual puede ser roto por sombríos motivos: “Más alto que todos los dictados de las estrellas aparece un segundo dictado el del corazón.” Así dice la celestial melodía expresada por los labios de Agnes. Puede leerse en el “Siegfried Wagner y su Arte” de C. Fr. Glasenapp, un escrito sobre el “Sternengebot” donde se dice todo lo que una pluma es capaz de decir sobre una obra de arte intensamente vivida. En *Helferisch vom Lahngau* ofrece el héroe de la resignación por haber perdido su poder por engaños y violencia, y aquí aparece lo mencionado más arriba, lo oscuro y diabólico en la figura humana del Jorobado Kurzbold, el que “lleva en si el mal, el desvarío y la revuelta.”

A la representación acudieron sus adeptos, parte de ellos desde lejanos lugares. Pero la enfermedad de algún intérprete hizo que se aplazase la representación, de todas maneras permanecieron en Hamburgo y Siegfried bromeó en una carta sobre los que esperaban reunidos en su entorno y en el de Glasenapp, diciendo que se trataba de los que habían quedado sin espacio y sin tiempo, y dejó escrito que espacio, tiempo y portamonedas se habían

convertido en conceptos vacíos. Cuando al fin se representó la ópera asistieron sus hermanas, Daniela Thode, su esposo y Eva Wagner. Thode mostró su contento a Siegfried por la profunda emoción que le causó la música y sobre todo por la bella escena del encanto nocturno en la cual la exuberante y bella Julia quiere seducir al caballero de Lahngau.

Glaserapp cierra su informe: “Helferich, ¿Quién no quisiera finalmente envidiarlo por la pura fuerza de su renuncia? ¿No está esto por encima de todas sus posesiones?” Y cuando la música de Siegfried Wagner ofrece esta última renuncia con su irresistible encanto: “¿A quién no se la abren las puertas de aquel excelso mundo que desde la eternidad ofrece un mensaje increíblemente vivificador, el auténtico derecho y deber del noble y elevado arte?”

La prensa bien intencionada comentó la profundidad de la obra. Esto era algo inesperado, nuevo, dentro del recorrido de las obras de Siegfried. “Cuando se da una mirada sobre el florecimiento de sus poemas se encuentran siempre diversas variaciones sobre el tema del “amor redentor” , este es siempre el acento final tras las turbulencias vividas; y el resto de temas, dentro de la sinfonía de la vida, en las llamadas óperas populares son su nacionalismo, la patria, la fe y la lealtad. Este hilo dorado teje siempre nuevas transformaciones en unos ricos tapices sobre los cuales se mueven sus personajes. Estos temas son intemporales, y lo que se escucha en “Herzog Wildfang” resonaba también miles de años atrás en el “Tilo Sagrado” y en “Banadietrich” Para un músico sería un trabajo interesante seguir esta trama que se extiende a lo largo de los poemas.” Paul Pretzsch ha realizado felizmente tal cosa hasta “Hütchen”. Aquí pedimos atención para este libro rico en contenido, escrito con conocimiento y amor.

Este invierno Siegfried dio un gran concierto con la Filarmónica de Berlín, con una serie de conocidos interpretes. En sus programas ofrecía siempre obras de su padre y de su abuelo, también a menudo una Sinfonía de Beethoven y una serie de composiciones propias. Cuando en una postal comunicaba esto a sus amigos lo hacía siempre bromeando, por ejemplo decía: “Un concierto de familia” o “Algo ya sabido”. Muchas veces lo hacía de forma todavía más drástica. No era una persona ceremoniosa ni de grandes palabras. Y era difícil

expresarle admiración, él prefería una simple mirada de auténtico agradecimiento o una encajada de mano, si uno quería expresar todo lo que sentía en el corazón, le dirigía una sonrisa con lo que no quedaba otra solución que sonreír junto a él. ¡Cuan a menudo terminaba la cosa con una parodia! Al salir de la primera representación de la encantadora "Hütchen", dijo a la manera de la Sra. v. R.: "¡Una vez y no más!" Muchas veces el buen hombre debía aclarar malos entendidos. Cuando el círculo de amigos le felicitó por su trabajo en Bayreuth, dijo: "Sí, para un Teatro de verano no está mal." Lo conocí una mañana, después de un concierto. Él me había caído siempre simpático, me dijo que acudiese a su Hotel, me recibió en bata, su amable lenguaje de la Alta Franconia sorprendía, pero su estilo era distinguido. Preguntó sobre mi trabajo, dejó que se lo explicase y propuso encontrarnos a la hora del te en el Café Josty, allí se reunía con sus amigos de Berlín. "Aquí no puedo salirme de un cierto círculo.", dijo. Por la tarde visitaba a gusto el Jardín Zoológico., y le gustaba ver nuevas puestas en escena en los Teatros. Y como ya se ha dicho, siempre de nuevo los Museos.

Así llegó el verano y los ensayos del Festival. Cuando llegué, algunos días antes del principio, hice mi primer camino hacia el Teatro. Siegfried estaba sentado en la consabida mesa de la esquina, en la terraza del restaurante. Presentó el recién llegado, que no reconoció inmediatamente, a sus hermanas, y al día siguiente, a la hora del desayuno, tuve que presentar en Wahnfried los bocetos de mi obra sobre los Nibelungos. Estaba completamente entusiasmado con su trabajo en "Lohengrin", tenía ensayo tras ensayo y durante todo el día estaba perdido para el resto del mundo, pero por la noche era posible encontrarlo a menudo en el "Eule". En los círculos íntimos se oía hablar de la nueva creación de "Banadietrich". Se encontraba en plena euforia creadora, tanto en la obra de Bayreuth como en la suya propia, pero nunca hablaba de ello, y cuando se le comentaba algo de la audición de aquel momento del "Sternengebot", a pesar de ser "una obra prohibida", solo abría los ojos y exclamaba: "¡Vaya, Glasenapp!" El ensayo general de "Lohengrin" cerró la feliz semana. Nunca se había visto una producción tan soberbia de la obra. Entonces se realizó también el proyecto de Glasenapp sobre Siegfried y su obra. El año 1909 trajo la repetición de los Festivales, y entretanto conocí

los poemas operísticos del “cultivador del romanticismo, Siegfried Wagner”. ¡Realmente que impresión!. Cosas con las que había soñado tomaban forma ante mi. Sobre todo el poeta había dado al carácter del diablo una realización genial. Realmente era un nuevo huésped de la escena operística, lo había atraído y atenazado. En la comida final que siempre daba a los artistas al terminar los Festivales, dijo: “Ahora el diablo ha querido sembrar de nuevo malas hierbas, (la prensa había opinado que entre él y Hans Richter se había creado un conflicto) pero ya le he dado una merecida bofetada, ahora bien, aparte de esto amo al diablo, él nos anima cuando somos perezosos, y volverá a parecer en mi nueva obra” (Banadietrich) Y volvió a aparecer a menudo su figura, junto a la abuela en “Hütchen”, y por último como el Cojo Caminante, la corpórea mala conciencia en la grandiosa obra, el “Schmied von Marienburg”, colocando siempre su pezuña en los poemas. El “Banadietrich” fue en aquel momento la primera obra escénica a la que asistí. Fue en Karlsruhe, en el año 1910. Ya en el ensayo general me encontré con amigos, el Sr. y la Sra. Chamberlain. Sobre todo el segundo acto fue apasionante. Cuando expresamos nuestra admiración al Maestro, ¿qué es lo que dijo?: “¡Sí, es muy mona!” Estos eran rasgos que tras tantos años hacían comprensible la chaqueta de terciopelo que molestaba al niño. En la primera representación el Teatro estaba completamente lleno. Su sobrino el Conde Manfred Gravina, junto a Thode, el maestro HansThoma y un grupo de amigos de distintos lugares se encontraban allí.. La obra fue acogida con admiración; el poderoso primer acto con el rebelde héroe, el gracioso Schwanweis, la loca danza diabólica de Raunerat, la lucha de los Cuervos y el fantástico cuadro final cuando Dietrich echa a volar a espaldas del Dragón, causaron un gran efecto, aunque la dirección escénica fue algo floja y el barítono protagonista no fue capaz de enfrentarse al duro trabajo. El segundo acto desencadenó gran entusiasmo, entre risas y lágrimas. Por Navidad la Sra. Wagner le había regalado a Siegfried el decorado de este segundo acto. Al terminar, el aplauso no tuvo fin y Siegfried tuvo que salir a escena.

Se intentó desuncir los caballos del coche de Siegfried cuando este salió del Teatro; y como siempre una cierta prensa, buscó con necias bromas, perjudicar la obra. Pero a pesar de estas venenosas flechas “Banadietrich” se

salió con la suya. “La obra es para las personas que saben captar las sagas alemanas.”, dijo Siegfried. La puesta en escena más esplendorosa fue la de Weimar cuando Alexander Spring la situó en la escena de Goethe y Schiller, para el 60 cumpleaños de Siegfried. Pocas veces tuvimos una emoción tan auténtica ante un auditorio tan entendido. Hans von Wolzogen escribió entonces: “El luminoso y sonriente Siegfried puso al servicio de su arte y del encanto de su música el salvaje y diabólico Dietrich sintiéndolo en si mismo. Siegfried Wagner, con su personalidad artística, logró sorprendentemente crear una forma poco común, severa, concisa que entrase directamente en las receptoras almas del público alemán.” Cuando Siegfried comprobó la duración del primer acto dijo: “Nunca había escrito de manera tan concisa.” Unas semanas más tarde el “Herzog Wildfang” se dio en Magdeburg y dos días más tarde en Halle, según la dirección escénica de Theo Raven en el estilo de Bayreuth .

Entre tanto Glasenapp había terminado su libro sobre Siegfried Wagner y en Wahnfried, en la Navidad de 1910, pudo ponerse sobre la mesa. En una siguiente carta Siegfried lo agradeció. A nuestro libro no le fue mejor que al Maestro a quién está dedicado. “El alemán tiene muy buen sentido para lo mediocre.”, dijo Siegfried en una ocasión, refiriéndose a la tradicional admiración que se sentía en esta materia hacia todo lo extranjero, y las maliciosas dudas y vacilaciones sobre el valioso arte, intentando evadirse de un rápido reconocimiento. A menudo decía: “Sí, chicos, quizás sucederá cuando ya esté muerto.”, y continuaba trabajando, imprimiendo sus partituras y sus fragmentos para piano y quedando contento de haberlo hecho. Cuando en el año de “Lohengrin”, durante los Festivales, lo obsequiamos con un cisne, el año de “Los Maestros Cantores” con un cesto de flores en el que había un zapato y el año del “Holandés” con un barco, dijo: “Amigos del alma, es que desplumáis para mi vuestras últimas plumas.”

En el Bayreuth de 1911 ofreció “Los Maestros Cantores” en una inolvidable producción. Sus geniales puestas en escena, a partir de su “Lohengrin”, fueron siempre reconocidas, también ante los ojos del mundo, solo continuaron las venenosas luchas contra sus propias obras. Y nos encontramos en Bayreuth con su nuevo poema. “Schwarzschwänenreich”. Esta era la oscura flor

milagrosa que había quedado adormecida en el corazón del niño desde los días en que el Rey Luis le regaló al Maestro unos cisnes negros, ante los cuales Siegfried había permanecido anhelante al verlos nadar en el estanque del jardín de la Corte. Al escucharla al piano la magnífica obra nos causó una gran impresión, y Siegfried, dentro de su estilo, sonrió y dijo: “Tú eres una buena alma.”, cuando se le dijo que desde la escena de Margarita en el calabozo no se había escrito nada parecido. Tuvieron que pasar siete años, repletos de serios problemas, además de la Guerra Mundial, hasta que la obra pudo ofrecerse al público, pero obtuvo un tranquilo camino victorioso y con la versión pianística logró captar muchos amigos. Pero se dieron dudosas opiniones, y hasta en el círculo de sus amistades se produjo cierto rechazo por la terrible escena en la que aparece el bracito del niño amenazando desde su tumba. Siegfried lo aceptó todo en silencio. Esta obra siempre nos ha parecido el final de las creaciones jóvenes de Siegfried., ya que entonces aparecieron dos poemas completamente distintos. Salió de su amada Franconia y se introdujo en Bizancio, y la lejana medio pagana Prusia. Fueron “Sonnenflammen” y “Heidenkönig”. El viejo y a menudo corruptor anhelo hacia los países del Sur fue el tema del primer poema. “Pensé en los Hohenstaufen de los cuales Italia fue motivo de perdición y derrumbe.”, dijo. Y fue la amada y siempre buscada Italia, sobre todo Nápoles, la que le ofreció a su música los colores con los cuales pintó el paisaje, los jardines, el mar, las embriagadoras y sofocantes noches, y la gente del pueblo el modelo para sus personajes. El “Heidenkönig” transcurre arriba, en la Prusia Lituana, en Romowe. Siegfried, creó con todo este conjunto, un atrayente drama y una maravillosa música con auténtico encanto nórdico. Hasta ahora la obra no ha sido representada. Siegfried nos dio a conocer estos nuevos trabajos durante los Festivales de 1912. En el año 1913 aparecieron unas oscuras sombras, el mundo extendió sus ávidas manos hacia “Parsifal” y Siegfried sufrió en silencio por ello. Un conocido crítico habló estos días con él y le dijo: “Señor Wagner, el próximo verano, en la celebración de los 100 años del nacimiento del Maestro, debe dar la Novena Sinfonía en el Teatro del Festival.” “Sí”, contestó Siegfried, “cantaremos la Oda a la Alegría porque Alemania quiere robar el “Parsifal”. A otro interrogador le dijo: “Lo celebraremos, trabajando.”

Este año, en los días libres de actuaciones, se realizaron excursiones con los amigos. En Berneck, paseando junto a un riachuelo, vio unas bellas y grandes plantas trepadoras. “Donde podrían colocarse”, dijo pensando en “El Anillo del Nibelungo”. Sus proyectos para los decorados no lo abandonaban nunca. “Debe intentarse algo nuevo” Desde 1908 quería dar a los decorados del “Anillo” nuevas y expresivas soluciones. Él veía todo lo que se renovaba en los Teatros. Entonces aparecieron los nuevos decorados de Roller para Viena y admiró profundamente a este importante artista. Siegfried lo encontró en la Hofoper y lo invitó al ensayo general de 1912. Roller quedó tan impresionado por el Estilo Bayreuth, que ante lo inesperadamente grandioso, le dijo a Siegfried que lo que allí había visto debía permanecer tal como estaba ya que era algo inigualable. El joven maestro se alegró mucho ante este comentario.

En Otoño se dio en Kassel el “Kobold” al cual asistieron el Congreso de las Almas, y esta vez también su hermana la Condesa Gravina. Todos visitaron la magnífica Galería de Pinturas, el bello valle otoñal y la Wilhelmshöhe. Siegfried no amaba el Otoño, a él la riqueza de colorido le resultaba muerta; esta opinión, conocida hace poco, sorprendió en gran manera a los pintores, pero era su profundo sentido de la vida que solo le dejaba amar el sano florecimiento y la fructífera madurez. Los importantes conciertos que dio este invierno en Berlín, Dresde, Hamburgo y Leipzig, reunieron en su entorno los amigos, interpretó preludios y escenas musicales de algunos de los cuadros de sus nuevas creaciones.

Empezó el año 1913, en Wahnfried se celebraron en silencio los cien años del nacimiento del Maestro. “Vosotros alemanes siempre debéis celebrar fiestas.” Dijo Siegfried, y según su propia idea se escogió el 22 de mayo, pero Siegfried permaneció alejado de todos los festejos. Seguramente debían provocarle una cierta amargura las palabras del padre: “Se deben cumplir cien años para que aparezca un reconocimiento, cuando aparece la muerte se pronuncian discursos y se levantan monumentos.” También para Wahnfried la cosa fue algo penosa y preocupante y algunos de los comentarios en las cartas de Siegfried resonaban como un suspiro. Pero junto a los golpes penosos del destino, los suyos, cercanos a él, le brindaron su gran amistad como consuelo. Ante la presión de estos tristes días compuso la balada de la gorda y grasienta

tortilla. ¡Así el genio se ayudaba a si mismo! En el verano de este año, en el que no había representaciones, nos reunimos varios buenos amigos en Bayreuth; queríamos hacer junto con Siegfried varias excursiones por sus entornos. Se estaban planeando los preparativos para “El Holandés Errante” que Challis quería cantar, varios artistas se encontraban allí y él explicó que en Breslau había descubierto su Senta, se trataba de Barbara Kemp que llegó pronto y conquistó las simpatías de todos. Siegfried dijo enseguida que sería también nuestra Kundry.

Fue en este mismo año que Reinhardt le propuso dirigir en Viena, durante el Congreso Eucarístico, el “Mirakel” de Bollmöller. “Pero si yo soy protestante.” , de esta manera rechazó el encargo. En el tardío Otoño visitó la Institución Bodelschwingschen y este grupo cristiano le causó una gran impresión.

Un nuevo poema operístico, trágico pero redentor, apareció: el “Friedensengel” que brotó de la soledad de Siegfried, de los duros días vividos con los suyos. Dos años más tarde, su esposa habló de lo solo que interiormente se había sentido. En la profunda emoción del preludio – Hans Richter dijo: “Esto es Bach” - aparece dos veces la flotante belleza del motivo del Ángel de la Paz en dura lucha con los otros temas.

Siegfried dio un gran concierto en Hamburgo. Challis cantó por primera vez la Balada de la “gorda y grasienta tortilla”, y desde allí nos dirigimos junto a nuestro maestro hacia Lübeck para una correcta y buena representación del “Herzog Wildfang”. El público, como siempre, quedó encantado. El antiguo y bello Lübeck, con su grandioso estilo gótico, le interesó mucho. En la gran iglesia, con sus tumbas barrocas contrastando con el esbelto gótico de las paredes y las columnas, dijo: “Esto es igual a Bach.” Sobre una poco amable sacristana de otra de las iglesias, dijo: “¡Vaya, que malhumorada tía!”

Fue nuestro último encuentro en el difícil año 1914, antes del Festival.

En este Festival, tras el cual Bayreuth tuvo que cerrar por tan largo tiempo, se dio “El Holandés Errante”, el que Siegfried amaba sobre todo, en el cual había realizado con gran arte la dirección escénica. También empuñó la batuta. Esta vez se dio un mal presagio, aparte del regalo que fue la asistencia de los amigos al Festival. Tenía que presentarse un antiguo barco cubierto de flores, la cosa funcionó bien, pero quien lo preparó puso una bandera (debía ser un

buen patriota holandés) con una calavera, cuando Siegfried la vio (según propia confesión, era supersticioso) se sintió molesto pero no dijo ni una palabra, fue su hermana Daniela la que arrancó el trapo y lo echó fuera. Cuando tres semanas más tarde estalló la guerra nos quedó clara la siniestra premonición. Los Festivales empezaron, pero pronto unas nubes tormentosas aparecieron en el horizonte político; la declaración de guerra hizo que todos los asistentes regresasen a sus casas y Bayreuth cerró las puertas.

Siegfried, buen alemán, estaba pendiente de la suerte de la patria. En una serie de cartas mostró su preocupación por la marcha de los acontecimientos, la alegría por las victorias del ejército, pero lo más bonito fue su “Juramento a la Bandera” un gran poema coral sobre el verso de Ernst Moritz Arndts. Se interpretó por primera vez en las primeras semanas de la guerra en un concierto de la Filarmónica de Berlín con Hugo Rübeler y con el Coro de la Sociedad de Maestros. Siguió después Leipzig, Chemnitz etc., volvió a ser interpretado numerosas veces y fue la única composición que mantuvo su valor entre las muchas que entonces aparecieron. En estos días Siegfried visitó los campamentos de prisioneros de guerra y la Plaza de Armas de Döberitzer; allí se le acercó un joven soldado que le dijo: “¡Por una vez en la vida se me ha hecho posible dar la mano a Siegfried Wagner!” Tras el concierto arriba mencionado, en una reunión en el restaurante del Ayuntamiento de Berlín, dijo que el ejército alemán era el mejor, lo mismo dijo ya unos meses antes en plena paz, en una ocasión parecida, cuando las olas políticas se lanzaban contra los sucesos de Alsacia.

En Wahnfried, la Sra. Wagner, H. St. Chamberlain, la Sra. Eva Chamberlain y Siegfried seguían con ardiente interés los sucesos de la guerra. Cuando Siegfried le mostró a su madre una curiosa fotografía del frente donde se había tiroteado una imagen del Crucificado, en la cual el Salvador desprendido de la cruz parecía elevarse hacia el cielo, dijo: “Parece un milagro.” Y la Sra. Wagner dijo: “¿Y por que no puede ser un milagro?”

Todo el que venía del frente era bien recibido en Wahnfried, y aun que fuese un desconocido era invitado a la mesa. Chamberlain había colgado un gran mapa del frente donde señalaba todos los movimientos. Entonces empezó a escribir una serie de comentarios sobre la guerra en los que condenaba

apasionadamente la débil política de Bethmann. Sobre Chamberlain, Hindenburg escribió: “Hemos encontrado en él un compañero en la lucha.” Siegfried no hizo ningún secreto de sus sentimientos y aventuró locos comentarios a sus amigos. Más tarde se afilió al Partido de la Patria y Tirpitz le causó una gran impresión. La guerra de los U-Boote, puesta en marcha demasiado tarde, era un diario tema de enfado en las conversaciones.

Dejamos la palabra a Siegfried en extractos de varias de sus cartas de 1914 a 1918.

Escribe en Octubre de 1916: “¡Es lamentable el repetido engaño del Reichstag! Al final el buen Michel alemán yacerá muerto en el suelo, judíos y frailes se repartirán el botín. ¡Si no fuese por Winnie, Wahnfried y el Teatro del Festival, Dios es testigo que me marcharía! ...¡Bien ... basta! ¡Amigos, no más de esa melodía! “ Y el 27 de Octubre: “Sobre mi última carta, tan furiosa, debo constatar que ahora he vuelto a tener algo de esperanza desde que por gestión de Hindenburg se han puesto en acción los U-Boote, parece que a Bethmann , con su triste imagen, le han cargado el muerto.” Y antes escribe: “¿Qué me dices del asunto de Méjico? Si ahora este ... no cae junto a su compañía, Alemania no será nada, seremos los imbéciles del mundo. Cuando Bethmann y consorte manipulan con enfático convencimiento y energía, tengo la sensación que se trata de un león de humo que parece querer romperlo todo, pero que en realidad es un animal de cartón, hueco y desinflado; si no tuviera su adorada mujercita y su gusanito en la cuna no tendría nada, podría desentenderse de Alemania. ¡La raíz del mal la conocemos!” Y también en el mismo año tan funesto para nosotros: “Los ingleses se preparan ya para sentirse como en casa en Lituania y Estonia ... los ingleses se aposentarían en Salónica, Sicilia y Calais y como punto de apoyo en Dinamarca, los pueblos saben lo que quieren y nosotros somos y seremos unos desdichados imbéciles. Inglaterra puede pensar tranquilamente que sus árboles crecerán en el cielo. ¿Sabéis como lo lograrán? ¡Chiflados! ¡De todas maneras esta palabra no la utilizan las Nornas, pero quizás la piensan cuando mirando hacia abajo ven Berlín!”

Siegfried creía ser un beneficiado por la guerra; se había casado en 1915 con Winifred Williams la nieta adoptiva de Karl Klindworth, un veterano adicto ala

obra de Wagner. Siegfried escribió en Julio de 1915: “El Lunes voy a Berlín, iremos a tomar el te en casa de los Klindworth.”, que entonces vivían fuera, en Dahlem. Sorprendido por este plan, ya que él no salía nunca del recinto de la ciudad, nos dirigimos a casa del anciano señor que recibió a Siegfried con las siguientes palabras: “Hoy hace 60 años que vuestro padre me visitó en Londres, cuando me encontró en cama enfermo, me saludó con las siguientes palabras: “Os saludo en nombre de Liszt, también os ruego que aceptéis el mío, y os aconsejo que permanezcáis en cama.” Después de estas palabras nos sentamos a la mesa para el te, acompañados de la anciana señora y de la señorita Senta, así llamaba entonces Klindworth a Winifred. Trajo las tazas y después nos enseñó unas acuarelas pintadas por ella con gran talento, y vimos por lo menos nueve fotografías de Siegfried colgadas en su habitación. Fue una tarde muy agradable y al marcharnos Siegfried quedó para una nueva visita al cabo de dos días. Para el Miércoles estaba planeada una excursión al Wannsee y después otra a Ferch. Fue una magnífica salida en vapor, bajo el bello sol de verano, éramos un numeroso grupo y en él se encontraba Barbara Kemp. Regresamos a la orilla del lago comiendo cerezas y por la noche permanecemos en el Wannsee. Cuando Siegfried y la señorita Senta subieron las escaleras del Pabellón del Emperador transportando la cesta de las cerezas, vi que sus dos dedos meñiques estaban entrelazados. Pasados ocho días Siegfried me escribió desde Bayreuth: “¡Si puedes mantener tu boquita cerrada voy a decirte algo delicado! Bien, en realidad no creo que haga falta, tú ya lo habrás advertido. ¡Pero, sobre todo mantén la boquita cerrada! S. W.” En Agosto Siegfried volvió a Berlín ya como novio, le hizo varias visitas y una noche llevó a su novia a ver “Los Maestros Cantores” en la Ópera de Charlottenburgo. “Sabes”, le dijo después del segundo acto, “el hijo del hombre que escribió esta partitura solo puede casarse con una muchacha guapa.” La visita a la vieja amiga, la Sra. v. R. , fue muy alegre. Ella era la que imitándola Siegfried siempre tenía el éxito asegurado. Cuando fueron a sentarse a la mesa la afectuosa anfitriona dijo: “Las parejas de novios no deben separarse, Siegfried se sentará a mi derecha, la novia al otro lado, y yo me quedaré en medio.” Más tarde cenaron con la vieja dama en el Hotel Bristol, la música que animaba el comedor tocó una cancioncita de “La Gran Duquesa de Gerolstein”.

La boda tuvo lugar el 22 de Septiembre y la Señorita Winifred, que había recuperado su nombre gracias a Siegfried, viajó en tren de Leipzig a Bayreuth, el tren iba lleno de soldados y ella repartió entre ellos las flores que le habían regalado. En Neuenmark, cuando llegó el tren, Siegfried ya estaba en la estación, y la misma noche llevó su novia a visitar a su madre. En esta misma noche se representó, ante un pequeño círculo de amigos, el segundo acto de su "Hütchen", la obra fantástica en la que había trabajado últimamente y que en aquel momento estaba ya terminada. En el año 13 ya decía: "Me interesa absolutamente hacer una ópera seria, pero primero quiero hacer un cuento." En Enero del año 14 se encontraba ya en el segundo acto, inmerso en el encantador mundo fantástico de Grimm. Este acto lo ofreció a su novia; ella se había familiarizado ya con sus óperas y hasta había dado a sus discípulas temas sobre ellas para que realizasen unos trabajos. (Siegfried había sacado su esposa del banco de la escuela.) Solo le era penoso el "Friedensengel" la ópera del Siegfried solitario. Así "Hütchen" le trajo la felicidad. La boda tuvo lugar el 22 de Septiembre, temprano, en la biblioteca, la gran sala de Wahnfried. Asistió la familia, los testimonios y el servicio. La Sra. Cosima Wagner estaba sentada en su sillón, con las manos cruzadas, vestida de seda gris. La novia llevaba un sencillo traje blanco, envuelta en un gran velo y Siegfried estaba muy emocionado. Después de la sencilla ceremonia, celebrada por el empleado del Registro y el Decano, se ofreció un pequeño desayuno y a las 11 ya acompañamos a los recién casados a la estación. Se dirigieron tranquilamente a Dresde, y allí se reunieron con los amigos que acudimos desde diferentes partes para asistir a una representación del "Bärenhäuter" . Un banquete y una gran reunión para el te nos agrupó entorno a la pareja.

En la noche del soleado día de Septiembre había luna llena y Júpiter se encontraba en todo su esplendor, como un cetro celestial, sobre la casita de Siegfried para concederle un feliz matrimonio del cual han nacido cuatro hijos. Su hijo mayor Wieland Gottfried nació el 5 de Enero de 1917. Siegfried escribió el 11 de Enero de 1917: "Finalmente puedo expresarte de nuevo mi agradecimiento. Has vuelto a darme una gran alegría con tu grabado. Que encantador es el pequeño sobre el cisne. ¡¡Como que al dibujarlo tu no sabías

todavía si sería niño o niña, te has salido del asunto de manera inteligente!!
Ahora debo pasar revista a los hechos y explicarte.

A las 9 llovía torrencialmente y hacía días que un furioso viento del Norte intentaba echar abajo las paredes. De repente, hacia media noche, un cambio. Esplendorosa luz de luna y una estrellas tan grandes que las creímos más cerca para curiosear y ayudar.

Feliz quien tiene en el corazón una pura y firme creencia. En estos momentos sentirá las manos del ángel protector bendiciendo.

Cuando a la mañana siguiente, hacia las 9 salí, repicaban las campanas del Viernes y el sol brillaba por primera vez desde hacía cuatro semanas. Entonces supe que todo iría bien, a pesar que el miedo quería apoderarse del alma. ¡Cuando regresé el niño acababa de nacer!

Había aparecido Wieland Gottfried.

Puedes imaginar la alegría de mamá. Sí, Winnilein me ha regalado el cielo. Ya era tiempo que finalmente el buen Dios se acordase de nuestra familia. En estos últimos años parecía que entorno nuestro solo había malhumorados demonios que querían maltratarnos.

Anteayer escuche la felicitación más rara que podía imaginar: Una vigorosa lavandera que pasaba cargada con una gran cesta, me miró y dijo: “¡Vaya señor Richard Wagner, lo felicito por el hijo! ¡Caramba, otro de nuevo!”

¿Podría poner esto en una ópera? ¡Puede esperarse todo del servicio!

El Domingo, mamá vestida de gala, entrará en Wahnfried con Wieland.

Como en esta época nunca llego a escribir cartas muy largas, te ruego que enseñes esta a los amigos del Congreso de las Almas.

¡Que bien hace este Winifred-Idilio en este año terrible! Mi oración para este año dice: ¡Dios proteja a mi mujercita y al niño!

¡Que Dios ilumine a nuestro Emperador, que de una paz alemana, y no un Bethmann-Scheidemann-Theodor-Wolfscher! ¡Qué sea posible la auténtica palabra de Treitschke, que un gran general pueda ser también un estadista! ¡Que sea posible que Hindenburg y Ludendorff puedan cumplir su palabra, y que no se echen atrás por exceso de comedimiento o de obediencia militar!

¡ En ello nos va la vida! ¡Desde Wahnfried, leales saludos de los jóvenes y de los viejos!

Además el buen Dios debería componer mis nervios para que pueda crear de nuevo.

¿O es que finalmente tendré que terminar con mi producción de óperas? ¡No puedo llegar nunca hasta el punto preciso! Esto lo provoca el odio de Judas y la apatía alemana. ¡ Al final, en lugar de espiritualidad habrá solo más niños encantadores! Pero me temo que Rosa no va a permitirlo! ¡Y tú al final tampoco!

Tu “duplicado” más leal. Tu Siegfried.

Bayreuth 11 Enero 1917.”

En una carta de cumpleaños del próximo Febrero: “Te habríamos regalado muy a gusto una buena manducatoria. Pero tanto de cerca como de lejos solo hay hambrientas cornejas y grajos. En cambio, así que el anticuario pueda suministrarlo, recibirás el “Reallexicon” de Lübke. La antigüedad que tanto te gustó aquí, el verano pasado. Creo que es realmente insustituible para un lector de obras clásicas. Esto nos quedó claro en la lectura de la Orestíada. Sobre los caminos por los que Agamenon no quería pasar, pensamos de inmediato en el inolvidable dicho de la madre Rath: “¡No nos digáis nada!” Curiosamente se nos dijeron muchas cosas. La “Eumenidas” de la III parte es quizás poéticamente lo más grande que los antiguos crearon. La escena en que la sombra de Klitmenestra aparece sobre las dormidas Eumenides es una imagen grandiosa. Si a uno no le dice nada es que su amor por los griegos es incompleto.

¿Has leído en el “Deutschen Tageszeitung” la carta del Barón von Thüngen? Si no lo has hecho te la mandaré. ¿Lees las “Altdeutschen Blätter”? En todo caso te mandaré un numero.

Hasta bajo las llamas aparece ahora la opinión que Bethmann no era imprescindible. ¡Memorable! ¿Qué se piensa en la Viktoriastrasse sobre él? ¡Morderá el anzuelo!

A nosotros nos va bien. Wieland pesa 9 Libras, ya se ríe a gusto y gasta una gran cantidad de pañales. A su madre también le va bien, lo mismo a la abuela. Escribe pronto una carta. Aquí prácticamente no hacemos nada.

Tu fiel S.W.”

Y cuando finalmente empezó la guerra de los U-Boot, la joven madre con el recién nacido fue recibida festivamente en Wahnfried. Debió ser un inolvidable momento. Siegfried escribe:

“¡Ahora los S..... de la Wilhelmstrasse han tomado decisiones sin Theodor Wolf y Scheidemann! ¡Alabado sea el Señor, por fin! ¡Un año demasiado tarde! ... El bautizo fue bonito. Además con sol, y por la noche con la luna y Júpiter entrecruzándose. Música: al principio, el tema de la fe del “Heidenkönig”, y en la bendición “Parsifal”. El pequeño crece bien, eructa (pero no como los de la Wilhelmstrasse), chupa y sonríe cuando digo la palabra “pipsele”. No te hemos invitado al bautizo deliberadamente por atención a ti: frío, viaje (18 horas), pérdida de tiempo, etc.”

Y en verano escribe claramente indignado: “¡Y esto creen que le gustará al pobre Miguel alemán! ¡Tenemos demasiado poco temperamento, somos incapaces de indignarnos y de tener un auténtico patriotismo! Dejamos que despidieran a Bismark, nadie se movió. Dejamos que profanasen “Parsifal”, y así sigue la cosa.

¡Caiga la vergüenza sobre nosotros!

Desde que me he enterado que las romanas, en tiempo de los Emperadores, se maquillaban con m ... de cocodrilo, desde este momento creo que todo es posible, también ...

A nosotros nos va bien, recibirás para que lo leas mi “Liebesopfer”. El “Schmied” va despacio, el segundo acto está listo, ahora va el primero. Todavía tardará. La política es un mal estimulante para mis nervios.”

Siegfried dejó su trabajo casi durante un año. La actividad anual: sus propias óperas, Bayreuth, nuevos viajes para conciertos, años agitados en la familia, y la Alemania en guerra dejaron sus nervios destrozados, y en 1915, tras un concierto en Nürnberg, el médico aconsejó un año de recuperación. Por suerte tenía a su lado la esposa, joven, bella y llena de energía y así la recuperación fue rápida, solo detuvo la composición después de “Hütchen”, pero como no podía renunciar a la alegría de la creación se dedicó a un concierto para violín sobre temas de “Hütchen”.

Tras la larga y desacostumbrada pausa, como primer trabajo se dedicó al poema “Das Liebesopfer”, una obra muy personal que como su “Kobold” sucede a principios del siglo 19.

Al mismo tiempo fue desarrollándose en el un tema al que ya había hecho alusión anteriormente: el “Schmied von Marienburg”.

En Junio de 1917 escribió: “¡Me sentía feliz al emprender el camino con el “Schmied”, pero tuve que volver a interrumpirlo! ¡Es para volverse loco! “Creo que renunciáis” ...dice Sachs ... ¡quizás! ... A la larga, crear siempre con las puertas cerradas, no tiene ningún encanto. ¡Debes sentir una violenta necesidad de crear cuando ante ti el papel te provoca! ¡Bueno! ¡Por lo menos ahora tenemos el muchachito! Y entonces uno sabe porque vive. ¡Dios le de una vida alegre!”

La unificación de la patria fue vista por Siegfried y la Sra, Winifred Wagner con entusiasmo. “La última llamada de Tirpitz fue de nuevo magnífica. Este es el hombre.” Y La Velada –Tirpitz en Munich (la pareja asistió a ella) fue magnífica y también en Dresde parece que fue grandiosa. “En Holstein hablé tanto rato sobre política que al final ya tuve bastante. Tu te has ahorrado esto ...”

Y continua hablando sobre su hermana, refiriéndose a la dura enfermedad de Chamberlain: “¡La cosa no va bien! Si crees en la afinidad espiritual, creo que mi hermana Eva la posee. Pocas veces he visto un ser capaz de abandonar su propio yo para entregarse al sufrimiento de los demás.”

El 17 de Octubre Siegfried escribe: “Las palabras de Kühlmann recuerdan vivamente a Possart. Un mal perfume orientalista, etc. Hemos leído los 50 artículos de Schröder sobre la cultura india. Desde luego, magníficos. Ayer, debido a las enseñanzas de Buda Winni y yo nos tiramos del pelo. ¡Que especial efecto da esta suave adaptación al sufrimiento! Yo creía que el cuarto escalón de la santidad se encuentra en el otro mundo y Winni mantenía que ya se encuentra en este. Nos pusimos tan furiosos que casi llegamos a pelearnos en serio. ¡Si Buda lo sospechase! Mamá está mejor. Con la composición la cosa todavía no va muy bien. ¡Parece que mi cerebro se encuentra en el noveno mes y necesita salir! Escuchad, prohíbo terminantemente que el Congreso de las Almas viaje a Stuttgart debido al aumento de precio de los trenes. ¡Pondré gente en los andenes que os detendrán si pretendéis viajar!

Seguro que pronto podréis escucharlo mas cerca, quizás en Eberswalde o en Bitterfeld.”

El estreno de la ópera fantástica “De todo es culpable Hütchen” ha tenido lugar, a pesar del temprano y helado invierno muchos amigos acudieron a Stuttgart. La encantadora y sensible obra, con la historia de Frieder y Katherlieschen, y de los 40 cuentos que Siegfried nuevamente “estructuró y reunió” a pesar de las protestas de Jacob Grimm, apareció en escena llena de fuerza poética. Tuvo mucho éxito y hasta la prensa, sorprendentemente, encontró ciertos parecidos con “Bärenhäuter”. El Maestro reunió a sus amigos y a pesar de los ataques aéreos pasaron en Stuttgart unos días de fiesta. Esto hacía cuatro años que ya se nos había prometido. Gracias a los conciertos conocíamos el Preludio y a través del piano todos los actos. Más tarde obtuvo un auténtico éxito y por Navidad reunía a jóvenes y mayores en los Teatros alemanes.

El año 1918, el de la desgracia alemana, se acercaba. Los fieles corazones alemanes se sintieron desmoralizados ante la huelga en las fábricas de armamento y la escasa esperanza en la victoria. Pero en Wahnfried apareció una nueva felicidad: “Mamá me ha regalado una hermanita, se llamará Friedelind ...¡silencio!”, eso telegrafió Siegfried cuando el Viernes Santo nació su hijita. Más tarde escribió: “La bautizaremos en Mayo, y me gustaría pedirnos que fueses padrino (junto a Daniela). Siempre que no te creas obligado a hacer un regalo. Esta es una condición inapelable. Ayer terminamos la maravillosa novela de Dickens “Historia de Dos Ciudades” una obra que parece haber salido de un corazón y una ética germánica.

En Marzo el “Simplizissimus” volvió a publicar una estúpida broma sobre Siegfried Wagner. Siegfried escribió una carta deliberadamente irónica sobre la injuria.

“¡A la redacción de “Simplizissimus!

Dime con sinceridad, querido Simplizissimus, ¿encuentras tu última broma sobre mi tan buena como para creer que vale la pena ponerla en tu, por otra parte, tan chistoso folleto? Yo la encuentro muy mediocre, casi rozando la falta de talento. El verdadero humor es una plantita que como mejor se desarrolla es no regándola con ácido cianhídrico. ¡Me alegraría por ti si alguna vez tuvieses ocasión de conocer alguna de mis obras! Quizás llegarías al convencimiento

que para Alemania no sería tan malo que existiesen algunos Siegfried Wagner. Entonces probablemente en el reino del Arte se daría algo menos de histeria, agotamiento y carroña. Ahora bien, si tu eres lo que eres, entonces naturalmente, prefiero que no conozcas nada de lo mío. Por lo demás me gustaría decirte que últimamente leo a gusto tu folleto. A partir de la guerra has descubierto algo en ti que tiene casi algún parecido con un corazón alemán. Ojalá este corazón siga latiendo después de la guerra, que no se detenga, ya que sería lástima que se sintiese motivado a hacer de nuevo de tu folleto una edición francesa para que en Paris sean capaces de ver con claridad los vecinos, mostrándoles “ad okulos” el miserable andrajo que somos los alemanes y lo fácil que sería acabar con ellos.

¡Bien! ¡No lo hagas jamás!

Siegfried Wagner”

Estaba furioso contra la opinión que en aquel momento tendía a presentar los oficiales alemanes como unos infelices. El cese de actividades en Francia lo deprimió gravemente, y durante el verano tuvo malos presentimientos sobre la marcha de la guerra. En Agosto escribió: “Que inquietud para ti que ahora tu P. haya sido también llevado al frente, ante esto solo tiene valor la fe, y esta tú la tienes, aunque no creas en el viejo Zebaoth. Hace poco leímos en Rousseau : “¡El Dios vengador es el Dios de los malvados!” Ahora hemos llegado al final de la novela “Heloise”, un libro que seguro te interesará en alto grado. En Rousseau se encuentran dos elementos unidos: el alemán-suizo y el francés. Esto provoca una peculiar mezcla de sentimientos y de filosóficos puntos de vista. “Carmen” es uno de los productos más logrados de Francia, pero la novela de Mérimée es mucho mejor que el libretto de la ópera, al escucharlo a menudo se nota en él un incómodo resabio parisién, a menudo huele más a un Café de Paris que al carácter andaluz. En la literatura francesa pocas veces se encuentran las figuras virginales atractivas como las de Goethe. La muchacha joven en Francia no tiene ningún papel importante, para su educación se la mete en un claustro, después los padres...(Huschele empieza a llorar, ¡U...U...! Winni debe sentarlo al orinal, yo continuo) la casan con alguien que no conoce y entonces ... sucede la desgracia, y esta desgracia es la que llena toda la literatura. Los franceses no conocen a una Clara, Margarita, Otilia, Marianne,

etc. lo máximo que conocen es la noble resignación de la mujer desgraciada. (Huschele arma tal algarabía con la campanilla que mi cerebro se confunde) . El 3 de Septiembre viajaré a Darmstadt (Hotel Traube) para hablar de “Sonnenflammen”. Por desgracia mamá no ha estado en forma esta semana. La justicia en este mundo es algo curioso. ¡Me parece que el diablo ha dado un somnífero al buen Dios!”

Todo está cada vez más oscuro, la puñalada del traidor actúa, Ludendorff ha sido despedido, la revolución se prepara y el “Sonnenflammen” parece que llegará a escena. Esta obra genial aparece como un signo inquietante en estos días de infortunio. Cuando en el ensayo general, por equivocación, el Emperador alemán no llevo la corona del Sacro Imperio Romano sino la corona de nuestro actual Emperador nos sentimos horrorizados y se cambió la cosa rápidamente. Pero la antorcha ya arde. La representación fue un éxito.

La segunda la quería dirigir Siegfried, pero antes tuvo que darse por primera vez en Karlsruhe el “Schwarzschanenreich”. Nos dirigimos con el Maestro y la Sra. Wagner al ensayo general. Todo estaba preparado, pero la escena con el bracito del niño saliendo amenazador de su tumba chocó, sobre todo a las damas. Siegfried cedió y se cambió la cosa. Él tenía ante su obra un cierto recelo, no quería provocar un escándalo, y así a veces se cambiaba lo que ya estaba establecido. Por ejemplo en “Sonnenflammen” hizo sacar la cruz de las capas de los Cruzados para que no pareciese irreverente. También en “Friedensengel” cortó la escena entre el cómico párroco y el bebido Baltasar, en la que se escuchaba el Ave María.

También en el “Schmied von Marienburg” se cortaron las citas del Antiguo Testamento que el demonio recitaba riendo y también se sacrificó en “Hütchen” la pelea entre Siegfried y Jacob Grimm. Al salir del ensayo le dije que me parecía sorprendente que dos obras tan distintas hubiesen salido de un mismo espíritu. Él dijo: “Sí, soy un muchacho muy curioso.” Y siguió sobre la aspereza del “Schwarzschanenreich” con el comentario: “Es un huracán.” Así tenía en sus manos el arte de siglos para desarrollarlo poéticamente.

La última representación se dio para celebrar el cumpleaños de la Duquesa de Baden, pero una desagradable presión pesaba sobre nosotros. Los oyentes fueron presa de nuevo por la emoción y lo agradecieron con un gran aplauso;

un crítico que quiso protestar recibió una merecida reprimenda. El Sr. v. Chelius, fiel adicto a Bayreuth y amigo de Siegfried, opinó: “¡Es tu obra la que ha merecido el éxito, la puesta en escena ha dejado mucho que desear!” Hans Thoma con sus ochenta años asistió a la representación, le causó mucha alegría el espíritu popular de la ópera de Siegfried, al que en esta ocasión vio por última vez.

Desde Karlsruhe volvimos a Darmstadt y el 8 de Noviembre Siegfried dirigió “Sonnenflammen”. En el ferrocarril viajaban varios soldados insurrectos y en los cuarteles crecía la insubordinación. Cuando al terminar la ópera, nosotros con Siegfried y las damas, sus hermanas Thode y Chamberlain, quisimos reunirnos en el Hotel, al escucharse algunos disparos, nos aconsejaron que no nos moviésemos de casa.. A la mañana siguiente la revolución había estallado. Todos intentamos trasladarnos a casa, Siegfried, junto a su esposa y a sus hermanas logró llegar a Bayreuth dando un rodeo. Su primera postal desde Bayreuth decía: “¡Nunca había sentido la felicidad de sumergirme en el trabajo como ahora! Espero que os vaya bien a ti y a los tuyos. Os agradezco profundamente vuestra asistencia. ¡Que a gusto estaríamos ahora en la fiel Sociedad de las Almas! ¿Es posible que R. crea todavía en la justicia de Dios?” Y algo más tarde: “¡Merecemos irnos a pique! ¡Vaya, lo haremos a fondo y por todos lados! ¡Preferiría ser suizo, me avergüenzo de ser alemán! Estos soldados sublevados, con el cigarrillo en la boca, la escarapela roja, el caminar desmadejado, perezoso, la mirada estúpida, me atacan los nervios de tal manera que evito ir a la ciudad.

¡Oh, m... tu nombre es Alemania!”

Sí, ante nuestro descalabro su indignación era tremenda y solo la feliz vida familiar y la creación artística fueron su consuelo en los años terribles. En Wahnfried crecía el malestar ante la depreciación de la moneda y la posterior inflación que también afectó el capital privado de Siegfried. ¡Como le quemaba el alma la desgracia y la vergüenza de Alemania! Escribió en 1919: “Domingo de Pascua, naturalmente llueve. ¡Es que Jehová quiere robarnos también nuestra alegría ante la naturaleza! En cambio el Viernes Santo fue magnífico y soleado, y nos trajo la visita del querido Manfred Gravina. El querido muchacho vino de Weimar flotando en el aire. ¡Sorpresa en Bayreuth! Por desgracia mi

trabajo va muy lento. ¡Las numerosas conmociones, muertes, la vergüenza de ser alemán han vuelto a poner mis nervios en mal estado! ¡A menudo es para darse contra las paredes! Uno debe tener siempre ante sí el ejemplo de Beethoven. ¡La tragedia de su sordera es una de las cosas más indignantes que la injusticia de este mundo ha podido permitir! Consecuencia: ¡Las inteligencias laboriosas son maltratadas, mortificadas, los bribones, holgazanes, prosperan!

R. dice: Cuando Dios ama, golpea ... ¡Una bella frase! Prefiero comer el pastel de cebada de Ezequiel. ¡Te envidio por toda la música! Aquí se dará el primer concurso coral de Kittel con "Cristo en el Huerto de los Olivos" de Beethoven, una composición que a mí no me dice nada. Leemos mucho, hemos terminado el nuevo libro "Psyche" de Chamberlain, un libro sobre "Recuerdos de Beethoven", muy atractivo, artículos de Schopenhauer, etc.

¡El Teatro de Darmstadt ha estallado! Han echado al pobre Kr., fue poco inteligente, demasiado insistente en querer hacer cosas nuevas. Balling está ahora allí." Y tras algunas historias tristes de su familia, continua: "Estoy cada vez más familiarizado con los sentimientos indio-órficos; la transmigración de las almas es realmente la mejor solución para el enigma de nuestra existencia y destino. Cada uno depende de sí mismo, no se da un pecado original y hay una perfecta unión con el mundo animal. Esto me falta en los Evangelios. El contacto con los animales. La cosa ha sido seguramente borrada por los sacerdotes judíos. Que magnífica es la relación con el mundo de los animales entre los egipcios, persas e indios, y en cambio que horrible la de los judíos. ¿Realmente Cristo no dijo nunca nada sobre los animales? Las palabras de Herder: "Debemos germanizar lo judío en el cristianismo.", es agua de nuestro molino. ¡Como Superintendente R. debería aceptarlo! Este año, por primera vez, no tendré claro si iré a la iglesia en Semana Santa. Añoro vivamente la catedral de Mainz o San Marcos, en fin una iglesia en la que se pueda entrar sin que predique un sacerdote.

¡Bien, ahora basta!

Por desgracia mamá ha tenido otro de sus ataques. ¡Pero ya está mejor!

¡Sigamos esperando en la gran B ...!"

Y poco después contestó una información sobre una obra de Liszt: “¿Conoces la magnífica carta de mamá sobre el “Christus” de Liszt, escrita después de la audición en Weimar de la obra, y que fue publicada el año pasado en las “Bayrteuther Blättern”? Yo mismo, según lo dicho por mamá, me siento extranjero en la mitad del “Christus”. La obra contiene los dos elementos de la iglesia católica, el antiguo-cristianismo que amamos y el nuevo catolicismo. Me gustaría compararlo con dos iglesias: San Zeno en Verona y la Iglesia de San Pedro. La iglesia del Cristo triunfante me resulta siempre penosa.

La parte que yo amo son las Pastorales, la primera parte del Los Tres Reyes. Al fin siempre es lo mismo lo que me desagrada: la Iglesia triunfante. no me gusta en absoluto, cuando las notas delicadas se convierten en fortísimos es lo mismo que si tu aumentases diez veces una Madonna de Eycksche y la llevases en procesión acompañada de banderas de la Iglesia.

Amo las Bienaventuranzas, (me admira que no te impresionen, son auténtica antigüedad cristiana), el Padre Nuestro, el Stabat Mater, la primera parte del “Monte de los Olivos” ... la segunda parte es de nuevo Guido Reni. El Simon Johanna es un bello tema. La fundación de la Iglesia no es (como en la realidad) refrescante. El Stabat Mater es bello en si, apasionado y profundamente sentido, pero uno ya esta cansado cuando se llega a él. La autenticidad en el sentimiento de la obra es penetrante, pero a nosotros los protestantes no nos hace felices. Pero bien interpretada, con algunos cortes, tiene una gran fuerza.

¡Que tiempo de perros! ¡Desde Marzo cuatro días buenos! ¡Esto pasa de castaño oscuro! En la próxima Primavera me voy a Roma. 27 Abril, 1919.”

En 1919 Siegfried celebró su 50 aniversario y en nombre de nuestro querido Glasenapp, muerto en 1916, le entregamos la última obra del inolvidable, dedicada al tan bien captado arte del “Sonnenflammen” Él escribió sobre esto: “Los primeros serán los últimos, esto pasa también con los agradecimientos. Aquellos a quién debes más agradecimiento llegarán los últimos ya que primero te quieres librar del montón de superficiales para que así te quede libre el corazón y el entendimiento.

El libro de Glasenapp con el famoso retrato del bienamado en la portada me causo una gran alegría. Me pareció que estaba todavía entre nosotros, tan viva

fue la entrega! Y además sus maravillosos dibujos, etc. Por desgracia no estaba. Fue todo tan íntimo y Winni desarrollo un talento de dirección de escena tan magnífico que me sentí celoso.”

En Agosto nació su segundo hijo, Wolfgang Manfred, el que sería su vivo retrato. Wieland fue desde el principio, “esbelto e independiente”, a pesar de los clarísimos rasgos de Wagner, Wolfi fue siempre igual a las fotografías infantiles de su padre.

El año 1920 trajo un concierto en Dresde, y en Otoño la previsión de una representación de “Sonnenflammen”. En una visita a Berlín nos sentamos a cenar con Siegfried en casa de unos amigos, entró Sudermann y las damas le preguntaron muy interesadas de donde venía. “De un te con el Jefe del Estado, Ebert, donde estaban invitados todos los importantes.”, y dirigiéndose a Siegfried: “Si hubiesen sabido que usted estaba en Berlín seguro le habrían mandado una invitación.” El inaccesible rostro de Siegfried se convirtió en un bloque de hielo y dijo: “Para mi esto no es importante, no soy un admirador de la revolución.”

Durante un viaje a Würzburg mandó dos imágenes de las “graciosas” figuras barrocas que adornaban de manera excesivamente pomposa el viejo puente sobre el Main, decía: “Estamos ahora precisamente en la ciudad de Frankfurt ... que contraste entre la florida, estimulante, melodiosa naturaleza y la muerte de Alemania ...¡Jehová es un poderoso Señor! ¡R. tiene razón de creer en Él! ¡Con estas dos imágenes espero provocar en ti una risa alegre!”

La nueva ópera “Hümpchen” es musicalmente muy agradable y cálida, lastima que el texto es tonto, de opereta. Pero quizás por esto ha tenido tanto éxito. ¡Es difícil creer sobre lo que nuestro público ríe! Solo hace falta que alguien tropiece en escena para que todos sean felices.

Siempre se encontraba a gusto en Würzburg y mandaba postales con figuras barrocas de santos. En una con un Juan Bautista en estilo rococó decía: “Un concepto algo coreográfico de la cristiandad, pero a pesar de todo lo prefiero a los Cristos de la gente moderna ...volvemos a estar en el amado Würzburg ... nadamos en la abundancia del exuberante barroco y en el conmovedor Riemenschneider.” Esto aparece en un San Sebastián del gran tallista de madera. En un penoso Crucifijo moderno del cementerio del lugar, dice:

“Obediente hasta la muerte” y lo encuentra: “vacío de expresión”. Entre esto dice en una carta desde Wahnfried: “Te acuerdas del lugar en “Kabale und Liebe”: “Quiero escoger libremente, quiero hacer desaparecer esta alma de insecto de mi gran amor.” No es encantador, es tan auténtico el joven Schiller. Una frase para reuniones populares: “Si estas solo, ¡oh ateniense!, tendrás la astucia del zorro, así que te reúnas con la masa aparecerá inmediatamente un disparate.” (Si no fuésemos ganado vacuno igual seríamos astutos como el zorro.)

Así en Otoño se dio una lograda representación de “Sonnenflammen” en Dresde, reuniéndose un gran grupo de amigos y admiradores. La obra obtuvo un magnífico recibimiento, pero a pesar de ello solo se dio tres veces. Siegfried expresó su amargura sobre el increíble hecho. (De nuevo se habían puesto en marcha las fuerzas destructoras; siempre se ponía enfermo uno de los intérpretes.) “Aun que hoy mi estado de ánimo no es el más risueño, o mejor dicho, como mi ánimo es el que es, mejor te escribo en otro momento. Pero mi desánimo procede también de otro silicio. Las esperanzas que había puesto en Dresde también se han convertido en nada. Parece que se dejará que la obra naufrague, la chispa de alegría de los dioses, que esta vez creía se convertiría en llama, ha sido ahogada. ¡De donde sacar la alegría del trabajo! Y es necesario estar alegre para ser capaz de crear. Dios quiera que mis hijos, si quieren ser artistas, se vean libres de esto. Sería mejor que se convirtiesen en secretarios del Ayuntamiento antes de pasar por todas las decepciones por las que yo he pasado. Lo único que te mantiene son la mujer y los hijos, y la fiel amistad de la buena gente. ¡Aparte de estas cosas no quedaría nada que me uniese a Alemania! ¡Pero basta de quejas! Tu también tendrás tu parte de contrariedades y nunca protestas.

Sí, los que realmente han sido entre nosotros verdaderos artistas: Bach, Beethoven, Mozart, Weber, mi padre; no digo genios sino artistas, eran los que conocían exactamente sus limitaciones, que nunca utilizaban un instrumento de más, que componían concisamente, instrumentaban diáfanos, modulaban con sentido estético, construían y graduaban con economía. Estos son los que yo entiendo como artistas, y ahora todos estos señores de hoy no lo son. Ellos quieren engañarnos con pobres ideas, por medio de groseros efectos con un

enorme despliegue de instrumentos, etc. Entre estos artistas cuento yo por ejemplo, Bizet. ¡Pueden aprender de él todos estos señores, que no pueden o quieren aprender de Mozart o de mi padre!

Me sabe realmente mal no ser capaz de conectar con Bruckner como hacen muchos de nuestros amigos. Querría captar su idea: la sana, noble, impetuosa naturaleza del compositor. Seguro que el ensayo de ayer fue poco adecuado para cambiar mi, hasta ahora, contraria impresión sobre Bruckner.

¿Cuándo volveremos a vernos? El concierto de Berlín no se hará. El Sr. S.W. no quería un exclusivo programa Siegfried - Wagner. Así, simplemente, he contestado: dejémoslo correr. (he pensado más que nada como alguien de la Alta Franconia)

Saludos al querido grupo de amigos; que lastima que Berlín quede tan lejos.”

Rechazó una oferta para dirigir un concierto en Varsovia debido a la mala posición de los polacos contra nosotros los alemanes.

El 2 de Diciembre, Siegfried escribió: “¡Verenchen ha llegado! ¡Monísima y sana! ¡Leal a los felices padres!”

Traducido del alemán por Rosa María Safont